

Miguel Ángel Tenreiro

Salvar a nadie
(2007)

 yeshaliteraturaEdiciones

Salvar a nadie

(2007)

Salvar a nadie

I

El primer día que estuve allí, lo supe. Con la primera puesta de sol. La inmensa bola roja se hundió en la llanura y me costó soportarlo. No tenía adónde ir, me cuidé mucho de volver a ver un atardecer como ése.

Casado apenas me recibí, acepté instalarme en el pueblo de Irene, de todas formas no tenía planes. Durante el último año de cursada de veterinaria, los profesores nos preguntaban a qué especialidad íbamos a dedicarnos. Yo invariablemente respondía “A lo que pueda”. No tenía pretensiones en tanto pudiera ejercer. Me había costado mucho esfuerzo estudiar trabajando al mismo tiempo, cursando de noche, haciendo cola en la biblioteca para conseguir los libros que no podía comprar. No le iba a poner inconvenientes a mi esposa si me daba lo mismo. La diferencia de nivel socio económico entre nosotros era abismal. Ella vestía ropa de marca, tenía coche, nunca había trabajado para vivir ni lo tendría que hacer. Yo no era tan pintón como para justificar que me diera bola y sin embargo no sólo me dio bola, se casó conmigo. Nos presentó un compañero de estudios que luego perdí de vista pero que nunca olvidé por su intrascendente demostración de poder. Nos habían hecho esperar toda la tarde para tomarnos un final y nos comunicaron que se pasaba para el día siguiente. Mi compañero tenía entrenamiento de polo y no iba a faltar por un examen de

mierda. Armó un escándalo de la gran puta. Pensé que lo iban a meter en cana porque la facultad estaba llena de milicos, era la época de la dictadura, habían disuelto los centros de estudiantes y reemplazado a los profesores por concurso por otros elegidos a dedo que comparían los objetivos del Proceso de Reorganización Nacional. Nadie tenía derechos en el país por esos tiempos, salvo que estuviera relacionado con el poder. Llegó una de las autoridades, se disculpó por el atraso, lo hizo pasar y en tres o cuatro minutos salió con el examen aprobado. “Ni tiempo para tomarse un café”, pensé. Los demás tuvimos que volver al otro día. Antes de abandonar los estudios, me invitó a una fiesta. Yo no quería ir porque sabía que era sapo de otro pozo, pero me puso en un brete con su insistencia. Aunque no nos volvimos a encontrar, no lo perdí de vista. Llegó a tener 10 de handicap, se casó con una modelo y años después solía vérselo de boina y pañuelo de seda al cuello, integrando jurados en las exposiciones de petisos. Fui a su fiesta, conocí a Irene y tuve la sensación de que había ido para eso. Ella vivía en un pueblo de la provincia, pero venía seguido a la Capital y siempre me invitaba a alguna reunión. A veces parecía que me estaba supervisando. No había nada entre nosotros pero me trataba tan bien y me atraía tanto, que no podía dejar de acudir. En el último año de la facultad, todavía no entiendo cómo, nos pusimos de novios. Aguanté todo un año a pesar de que yo no la acompañaba en sus viajes ni en la mayoría de sus diversiones. No podía tolerar que ella pagara todo y tampoco bancar su nivel de vida. Yo la dejaba, pensando que en algún momento se cansaría de mí y seguiría cada uno por su lado. Sabía que ella vivía libremente y que eso incluía el sexo. Lo más duro era cuando me quedaba parado en la vereda viendo alejarse el auto en que se iba con sus amigos. Me parecía que el universo se reía de mi soledad mi estupidez. Aun así, terminamos casándonos y fui tras ella como príncipe consorte.

Su familia me trataba con cortesía, era la elección de su hija, me aceptaban hasta ahí nomás. Cuando se hacían reuniones en la man-

sión de sus padres, me sentía más cerca del personal de servicio que de mi familia política. Los empleados mantenían conmigo la misma distancia que con sus patrones, ni me miraban a los ojos. Mientras trataba de hacerme un lugar entre los profesionales de la zona, tuvimos dos chicos con poco menos de dos años de diferencia. Ahí cambió todo, como si mi misión hubiese sido cumplida y mi presencia ya no fuera necesaria. Ella y los chicos se quedaron en la casa que sus padres le habían escriturado antes de casarnos. Yo me alquilé una casilla en las afueras. Al principio iba a verlos seguido. No me ponían impedimentos, pero era incómodo, el ambiente muy tenso y los chicos me daban cada vez menos bola. Ellos mismos me fueron alejando poco a poco, hasta que mi presencia se convirtió en un acto fugaz para cumplir ante mí mismo. No nos divorciamos. Estábamos separados y por ahora con eso alcanzaba. No me pedían nada, quedaba registrado que no hacía aportes para el mantenimiento de mis hijos por si pretendía discutir o condicionar la tenencia, pero de todas formas no tenía un mango. Además siempre había pensado que los chicos tienen que estar con la madre. No imaginé que se iban a mimetizar con esa familia al punto de convertirme en un extraño. Nadie me hubiera reprochado que me rajara, pero eran mis hijos y quería estar cerca. Traté de dejarle en claro a Irene que no intentaría nunca separarla de ellos. Ella provenía de una familia poderosa y mis intentos de tranquilizarla debieron parecerle patéticos. Y quedé allí, atascado.

II

Pasé años en ese pueblucho de mierda. Ya había dos veterinarios allí, herederos de la clientela y el negocio de sus padres también veterinarios, igual que sus abuelos. Era así en todos los pueblos pero creí que con conocimientos, constancia y dedicación podría hacerme un lugar. Me equivoqué, nunca dejé de ser alguien de afuera. Sobrevivía con los

peores clientes que ya se habían peleado con mis colegas. Un hijo de mil putas después de esperar si la vaca se arreglaba sola para parir y de meter mano para tratar de arreglar las cosas, me había mandado llamar en mitad de la noche y pretendía que hiciera una cesárea en el barro a un animal moribundo. Típico de los productores que desprecian el conocimiento de los profesionales y después quieren que hagan magia a bajo costo. Discutimos, lo mandé a la mierda y me fui. La lluvia me dejaba sin la compañía de su golpeteo. En el camino me hizo señas un peón de otra estancia. Apenas lo vi en la oscuridad. Subió a la camioneta hablando de la luz mala. Yo sabía que la descomposición de materiales orgánicos ricos en fósforo, producía emanaciones resplandecientes en las noches cerradas. La gente de campo sabía que eran espíritus, apariciones que deambulaban por los campos, de cuyas intenciones convenía mantenerse alejados. Para espanto del hombre me bajé y entré en el montecito por donde el paisano había visto la luz. El caballo lo había tirado y el perro bravo que siempre lo acompañaba había salido con la cola entre las patas. Algunas otras cosas dijo que no llegué a escuchar mientras me alejaba. Me llevé las llaves. Estos tipos no son cagones, pero la luz mala los puede. Quería ver el extraño fenómeno físico más de cerca. El monte era cerrado, oscuro, de unas cuarenta hectáreas. No podía perderme pero me perdí. Anduve horas dando vueltas sin conseguir ningún punto de referencia, hasta que salí del otro lado. El amanecer me permitió distinguir la ruta y como estaba muy cansado y mi casa cerca, me fui caminando. Después buscaría la camioneta, el peón ya sabría como arreglárselas. Me bañé, me acosté y cuando desperté me encontré con que me había convertido en la personalidad en el pueblo, todos querían hablar conmigo. La gente de pueblo no es igual a la de la ciudad y tampoco a la del campo. De pronto la luz mala se había convertido en un ovni y se suponía que yo había desaparecido varios días. Decían que había entrado al monte bien afeitado y había salido con barba. Cada vez más gente había observado esa noche extrañas luces en el cielo. Yo sonreía y negaba con la cabeza.

No me interesaban sus estupideces y mucho menos dar explicaciones, pero comenzó a interesarme cuando por primera vez me dirigió la palabra Rita. Ella era la esposa del comerciante más importante de la zona. Garrido era un hombre poderoso y todos lo trataban como si también fuera peligroso. Tenía mucha plata y relaciones políticas. Había que estar al tanto de lo que hacía y decía Garrido porque era uno de los hombres más importantes de la provincia. Irene me había contado que cuando Garrido y Rita se conocieron, ambos estaban divorciados y tenían un hijo y una hija respectivamente. El de Rita vivía con ella, la de Garrido se había ido con la madre a la Capital.

Todos en el pueblo conocían las aventuras de Rita, siempre con gente de su nivel social, pero ahora estaba interesada en mí. Estaba bastante fuerte la petisa, por eso dije lo que dije y no me arrepiento, no me arrepiento un carajo. Fue un encuentro casual que de casual no tuvo nada, me encaró de una:

—¿Es cierto lo que dicen, Víctor?

—Se dicen tantas cosas.

Ella puso trompita y me miró de reojo.

—¿Te llevaron?

Suspiré y me mordí el labio fingiendo mortificación. Luego hablé mirando al vacío como si estuviera solo:

—De pronto estuve adentro, las figuras eran difusas, los aparatos me deslumbraban, pero a medida que los días van pasando se hace todo más nítido. —Me vas a contar —afirmó ella.

—No sé, no quiero hablar de eso, la gente del pueblo es muy pavota.

—A mí me vas a contar.

Estaba segura y tenía razones para estarlo, aunque nada es gratis. Pronto descubrió que cuando la acariciaba mi memoria se activaba y

mucho más en la cama. Así como Sherezade inventó increíbles historias durante mil y una noches para salvar su vida, yo inventé unas cuantas para cogerme a la esposa de otro. No sé si me salieron buenas o malas, pero las que ella contaba en el pueblo debían ser fabulosas, porque la gente me miraba maravillada o con cara de susto. ¡Y eso que me había prometido no contar nada! Algunos se me cagaban de risa en la cara pero no me importaba, esos incrédulos eran los únicos que me entendían y su complicidad socarrona me sonaba a reconocimiento.

Empezaron a llamarme algunos clientes de los otros profesionales y mi situación mejoró un poco. Supuse que fue por esto que empezaron los problemas. Una ventana rota, una cubierta cortada, el timbre o el teléfono durante la noche. Tolerable mientras siguiera disfrutando con Rita. Me comentaron, medio en broma medio en serio, que algunos de los amantes eran un poco celosos, incluyendo al marido. No sabía desde dónde me atacaban, pero había visto un bulto merodear a la noche cerca de la casa y se me ocurrió podría ser el peón de la luz mala. Todo se mezclaba demasiado y empeoró cuando llegó gente de Buenos Aires buscándome. La historieta de la luz mala u ovni o lo que carajo fuera les había llegado. Eran parte de una organización que investigaba estos fenómenos y estaban más interesados en mí que en lo que había pasado. Mientras yo me entretenía con Rita, la historia había seguido rodando y una foto mía había llegado a sus conferencias. Un integrante de un grupo de investigación sobre vida extraterrestre me había identificado como el maestro a quien se le había hecho “la entrega”. Se suponía que muchos años atrás un chileno —cuándo no— había recibido un extraño objeto de manos de habitantes de otro planeta y había viajado a Buenos Aires y encontrándome entre la multitud me había hecho entrega de un objeto. Todo esto —razonaban retrospectivamente— siguiendo información inconsciente y precisa. Se había vuelto a Chile sin hacer ninguna pregunta ni averiguación y nadie sabía quién era el misterioso maestro que se había quedado con el objeto, ni para qué. Alguien me había identificado y

por supuesto querían saber. Se contactaron con sus pares argentinos que se reunieron conmigo. Pero querían obtener información que yo ignoraba y a su vez no tenían intención de compartir lo que sabían. Quise precisar de qué eran profesores, pero después de escucharlos durante diez minutos estaba tan en ayunas como antes. Tardé muy poco en mandarlos a la mierda. Mientras sucedía todo esto, las agresiones se hacían cada vez más audaces. Ahora estaban entrando a mi casa, revolvían todo, rompían algunas cosas y no se llevaban nada. No repuse los electrodomésticos y dejé de reparar la puerta, cosa que no tuvieran que romperla para entrar. Los policías del pueblo escuchaban en silencio para luego encogerse de hombros y decirme “También usted”. Yo no sabía a qué se referían y aunque me iba cada vez mejor, sumaba más y más problemas, nada tan grave hasta que un tiro de fusil entró por la ventana en pleno día haciendo saltar la mampostería de la pared. No me pasó ni cerca pero ya no era joda. Rita se asustó en serio, no porque pudieran matarme sino por quedar complicada en un asesinato, el mío. Cortamos, pero antes de que pudiera empezar a deprimirme surgieron problemas más importantes.

III

No le había molestado que el doctor lo plantara. No le había molestado tampoco que se hubiera internado en el monte como si hubiera algo que descubrir ni que pudiera pensar que él tenía miedo. Los de las ciudades no tienen idea de estas cosas, como él no tenía idea de lo que el doctor tenía en la cabeza. Vienen acá como si lo supieran todo, pero ignoran lo principal, no sienten la tierra —pensaba— no son de acá, ni los del pueblo ni los dueños de los campos son de acá. Descansó un rato y cuando le pareció que el doctor tardaba mucho, se fue caminando. No le iba a pasar nada, aunque se encontrara de frente con la luz mala su ignorancia doctoral lo protegería. Lo enojaba la falta

de respeto, ese husmear despreocupado con que se había metido a las zancadas en la oscuridad. No le gustó tampoco a su mujer ni a su hijo Ramiro. Venían cansados en su familia, con el cansancio pasando de generación en generación, un cansancio del que uno no se recupera, que tan fácil torna en frustración y violencia. Le preocupaba su hijo, sabía que no podría vivir como él, que tendrían que encontrar otra forma y algo innombrable se perdería para siempre, algo que no era de ningún lugar, de ningún tiempo, que haría que por primera vez los que lo sucedieran no tuvieran que ver con él. Llevaba siempre la faca encima y cuando le daba por pensar la empuñaba y pasaba suavemente la yema del pulgar sobre el filo. “Los cuchillos hay que afilarlos una sola vez, después alcanza con asentarlos y hay que saber vigilar para que el filo no se esconda”, le había dicho muchos años atrás su padre, mientras pasaba el dedo sobre el filo. No buscaban palpar, buscaban escuchar al filo. Y él, que había aprendido estas cosas esenciales con admiración, se las había enseñado a su hijo Ramiro sin convicción. Devorado por los avances tecnológicos, la rapidez y el estruendo permanente, su mundo desaparecía. El doctor nunca iba a ser de aquí, era un extraño en un mundo de gente que no es de ningún lado y los que quedan en soledad son los de la tierra. “Ellos ya nacen así”, concluía escuchando el filo.

IV

Me había acostumbrado a que se metieran en mi casa. Había probado volver a poco de haberme ido y retornar en horarios desusados para mi rutina, siempre pensando en sorprender al intruso. Llevaba el 38 entre el cinto y el pantalón y para manejar me lo ponía bajo la pierna. Me daría respaldo para encarar a quien fuera. Pasé varios días así y me había acostumbrado tanto que entré distraído a la casa. Percibí algo raro y me paré en seco antes de prender la luz. Un resplandor entraba por la venta-

na y se veía un espeso polvo flotando en el ambiente, como si hubieran tirado un talco muy fino que no se depositaba. Me eché hacia atrás y un silbido cortó el aire. Distinguí el brillo del acero. El que estaba agazapado tiró otros dos golpes en diagonal, ya fuera de distancia. Al tercero le manoteé el brazo torciéndoselo hasta que soltó el cuchillo. Luego corrió hacia fuera y saltó el alambrado con la facilidad de quien no tiene peso. Prendí las luces y me acordé del 38. Lo sentía pero igual lo palpé a través de la ropa. Para qué mierda lo cargo, pensé. Mejor así, pensé después. Al sacarme la campera vi el tajo en la tela y el forro interno. “Carajo”, dije. Levanté del piso una pequeña faca, muy afilada y encabada en cuerno tallado a mano. El cabo era triangular, con un apoyo para el pulgar en la cruz. Buen torque y guía para la estocada, pensé, éste sabe. La empuñé, la observé en detalle, la sentí mía. Era lo único que había ganado peleando, lo único que nadie podría discutirme.

Mis inconvenientes y enemistades pasaron a segundo plano el día que encontraron el cadáver de Rita. Se armó un gran escándalo. Desnuda en la cama, atada y cagada a palos, decían también que la habían violado. Todos los que tuvimos que ver con ella nos convertimos en sospechosos y entre esa multitud yo era el menos importante, ideal como cabeza de turco. Para que me descartaran lo antes posible, me presenté voluntariamente a que me sacaran sangre para comparar con la genética de la escena del crimen. Un bochornoso desfile de gente iba para lo mismo, incluyendo Fer, el hijo de Rita, del que también sospechaban a pesar de que era homosexual. El fiscal no se dejó impresionar por el poder y citó a todos, pero cada vez aparecían más tipos y se revelaban a la prensa detalles más escabrosos. La gente me miraba mal, y justo en ese momento me llegaron los papeles para firmar el divorcio y renunciar a la tenencia de mis hijos.

En la fiscalía me tomaron los datos. Me dijeron que iba a declarar otro día y una tarde el fiscal me sorprendió viniendo a casa.

—Para ganar tiempo —me explicó— podía llamar a mi abogado, aunque por ahora no tenía de qué preocuparme —me volvió a expli-

car. Yo seguía siendo el chivo expiatorio ideal. Examinó la faca, que había quedado sobre un estante. Quise hacerme el gracioso

—¿Encontró el arma homicida?

—No la cortaron y usted lo sabe —dijo sin mirarme y empuñándola agregó—: Es especial, ¿no?

—Sí, para mí es muy especial.

Parecía perder el interés luego de que le contestara algunas preguntas rutinarias, cuando de pronto se quedó mirando la mesa. Allí solo había un manual de veterinaria, libro de consulta rápida y superficial.

—En qué estado está ese libro —dijo con desagrado.

—Sí —acepté—, lo llevo de aquí para allá, lo uso a veces en el campo.

El fiscal levantó el libro cuyas hojas apenas se mantenían cosidas y examinó las variadas manchas que se distribuían en su tapa y los bordes de las hojas.

—Parecen líquidos orgánicos.

—Soy veterinario —le recordé impaciente y sin medir el tono.

—En qué estado está —se lamentaba el fiscal una y otra vez en voz baja.

—Se edita anualmente, yo lo renuevo cada tres o cuatro años para estar al día —agregué para ver si lo sacaba de su trance y seguí—: Justamente me acaba de llegar el nuevo.

El fiscal de pronto se agitó y levantando el libro ante mi cara preguntó:

—¿Y éste?

Estuve por decirle que lo tiraba pero de pronto tuve miedo.

—¿Lo quiere? —pregunté con incredulidad.

Él se metió el libro bajo el brazo fue hacia la puerta y salió diciendo:

—Si necesito preguntarle algo más, lo mando llamar.

Me quedé con la sensación de que había sido juzgado y sentenciado.

V

Cuando el fiscal llegó a su casa volvió a hojear el manual del veterinario. Miraba las manchas oscuras que habían sido pegajosas, algunas de ellas sanguinolentas, la mugre impregnada en los bordes y la tapa, la costura descuajeringada como un animalito nacido sin esqueleto. Imaginó al doctor interrumpiendo una maniobra para consultar el libro sin sacarse los guantes sucios, e hizo una mueca de desagrado. Cerró los ojos y olió el libro. El aroma del papel y la tinta habían sido reemplazados por enfermedad, sangre y putrefacción. Todavía no se había sacado el abrigo. Humedeció un trapito y limpió de las tapas las manchas más grandes. Algo le llamó la atención. Fue hasta la ventana y examinó la contratapa a trasluz. Apenas perceptible un círculo perfecto denotaba que habían apoyado una taza, probablemente con café. “Qué hijo de puta, qué hijo de puta”, repetía consternado. Luego llevó el libro hasta la biblioteca. Allí descansaba uno de cuentos que había comprado de saldo porque se había mojado y se notaban los márgenes de charco en las hojas que se habían retorcido al secarse.

“Cómo permitió esto”, había increpado al sorprendido librero en su momento. Un libraco sobre la vida del General Urquiza lucía el orificio de un disparo sobre el lomo. Los libros no cicatrizan, pensaba todos los días al verlo. Algunos largaban un polvillo, secuela del ataque de las polillas que el fiscal limpiaba diariamente. Un enorme diccionario de 1904 de la Real Academia Española era el que más las había sufrido. En sus hojas abundaban los surcos y las perforaciones de las larvas. Lo había envuelto herméticamente en una bolsa plástica con naftalina pero ya se sabe, los libros no cicatrizan. Algunos se habían quemado parcialmente y exhibían irregularidades negras en los bordes de sus hojas. Le hizo un lugar al manual y lo dejó descansando junto a los demás. “Vos recogés libros en mal estado como si fueran animalitos abandonados”, le había dicho un amigo. No es para menos, pensaba él acariciándolos.

VI

Estaba indefenso, si entraban a mi casa cuando querían, bien podían plantarme cualquier prueba. Era objeto del rencor de todos los hombres, del chusmerío de todas las mujeres y de la venganza de alguno. La policía nunca me había tomado una denuncia por escrito y llegado el momento iban a hacer lo que se les ordenara. No podía irme del pueblo y no se me ocurría iniciativa alguna para mejorar mi posición. Siendo uno de los tantos sospechosos, tampoco me convenía portar el 38.

Decidí quedarme todo el tiempo en la casa por lo menos un par de semanas con el arma a mano. Encontré que ya no estaba en el cajón del escritorio. No la había perdido, alguien había entrado y se la había llevado, estaba seguro. No tenía más alternativa que hacer una denuncia justo ahora, que se mezclaba todo. En la comisaría me miraron como si estuviera denunciando mi suicidio. Vino el más bruto de los agentes, famoso por su indiferencia ante cualquier estímulo ajeno a sus instintos y los demás se alternaron para escuchar sus intentos para tomar la denuncia y salir a reírse. Volví a casa, quería acostarme y dormir durante meses, años, para siempre. Sobre la cama me esperaban unas fotos mías con Rita y una bombacha desgarrada. El teléfono me hizo pegar un salto.

—Venga de inmediato a mi oficina —dijo el fiscal. —Me baño y salgo para allá.

—De inmediato —terminó el fiscal.

Me llevé las fotos y la bombacha. A mitad de camino paré junto a una alcantarilla, me bajé y agachándome como si me atara los cordones de los zapatos tiré todo. Llegué a la oficina un poco más tranquilo y pedí pasar al baño.

—No se puede —dijo la secretaria.

—Me estoy meando —grité complacido de poder poner en problemas a alguien, aunque fuera mínimo, aunque desapareciera en un instante. No había baño público y me tuvieron que dejar pasar al de ellos. Me lavé las manos, la cara y me senté sobre la tapa del inodoro

para relajarme un poco sin que nadie me mirara. Comencé a imitar ruidos de pedos, exagerando cada vez más al imaginar a la empleada controlándome. Esperé a que se me fuera la sonrisa idiota que no me animaba a mirar en el espejo. Golpearon la puerta una vez, dos veces, tres. No contesté.

—¿Señor, está bien? —preguntó la secretaria. Hice resonar un último y terrible pedo y salí. La secretaria retrocedió hacia su escritorio, yo me sentía fuerte ahora que por primera vez estaba haciendo cosas que no correspondían. Me importa todo un carajo, pensé.

—El fiscal debe estar por llegar —dijo ella con la voz temblando.

—¿No está ese pelotudo? —bramé simulando furia.

—Está en camino —se disculpó ella—. Acabo de hablar con él —mintió.

Suspiré y le pedí mientras me iba:

—Dígale que me cansé de esperarlo.

Tuve que asistir varias veces a la Fiscalía, generalmente para aclarar detalles.

—¿Reconoce esto? —me preguntó el fiscal sosteniendo en alto un disfraz erótico de mucamita. Me tomé mi tiempo, recordé la indignación de Irene y cómo me lo había tirado por la cabeza, recordé la risa de Rita y cómo me lo arrebató para ponérselo de inmediato e improvisar para mí un número ridículo pero excitante.

—Era de mi mujer, cuando nos separamos me lo llevé. —El fiscal se quedó esperando algo más, su secretaria miraba hacia otro lado perturbada, entonces agregué—: Antes de dárselo a Rita lo lavé.

El fiscal se acomodó molesto en su sillón.

—No le pregunté eso —dijo.

Entonces, pensando más en la secretaria que en el fiscal inventé:

—Los padres de mi ex esposa me recomendaban estas cosas, no sabe los chiches que usan, harían sonrojar al Marqués de Sade.

—Ya es suficiente —me cortó el fiscal— cuando tenga más preguntas lo mando a llamar.

Después, seguramente le ordenó a su secretaria: “De esto, ni una palabra a nadie”.

Al otro día no se hablaba de otra cosa en el pueblo y dos días después el padre de Irene me cruzó el auto para increparme:

—¡Qué carajo andás diciendo de mí!

—Guarda con el tonito viejo de mierda, que no soy uno de tus siervos, contesté. El hombre quedó más descolocado por el tuteo que por el insulto así que aproveché para despedirme.

—Mandale saludos a la yegua de tu hija. Me divertía, ahora que estaba peor que nunca.

VII

Al llegar a mi casa un tipo esperaba en la puerta. Vestía informalmente y lo que más me asombró fue que me miraba con simpatía. Se presentó apenas me acerqué:

—Soy Tomás Lucea.

No tuve más remedio que estrecharle la mano mientras él agregaba:

—Soy de la Fundación de Estudios Extraterrestres.

—¡Otra vez! —grité fastidiado.

Él se rió y me aclaró:

—Sólo es la segunda vez, para ayudarlo.

—¿A mí?

—Podemos ponerle el mejor abogado de la zona y entregarle algún efectivo sin ningún compromiso —dijo— no tiene que firmar nada, devolver nada, ni hacer nada.

—¿Es un regalo?

—Es una apuesta, si ganamos o perdemos es cosa nuestra. Pasamos. Recibí la tarjeta del abogado y dos fajos de 10.000 pesos.

—¿No los tengo que devolver? —me quise asegurar.

—No.

—¿No tengo que hacer nada?

—Nada.

Pero yo lo miraba incrédulo y tuvo que explayarse.

—Estuvimos investigando y lo que ocurrió nos parece verosímil.

Yo iba a empezar a protestar pero me hizo un gesto con la mano y siguió hablando:

—Ya ha ocurrido antes que le dejen algo a alguien y no lo recuerda hasta mucho después, no sabemos si usted lo tiene o lo pasó a alguien más, para nosotros es demasiado importante, no podemos dejar pasar la oportunidad. El único compromiso que tiene, es que si llega a recordar algo tenemos que ser los primeros en saberlo —terminó.

—¿Y no van a estar viniendo a cada rato?

—No —dijo negando con la cabeza.

Al otro día el pueblo estaba convulsionado, se decía que habían resuelto el homicidio de Rita, se decía que el asesino había confesado, que se llamaba Ramiro, que era un peón de una estancia vecina. Recibí un llamado urgente del fiscal y me presenté con mi abogado. Cuando nos sentamos en el escritorio, el fiscal nos miró alternativamente hasta que pregunté:

—¿Dejé de ser el señor Joseph K?

El fiscal tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sonreír y para mi satisfacción mi abogado intervino:

—Tengo entendido que hay una confesión.

—Sí —aceptó el fiscal— pero hay un problema. Con mi abogado nos miramos, el fiscal siguió:

—No dan los tiempos, cuando mataron a la señora este chico estaba en un baile en otro pueblo, no hay forma en que lo hubiera hecho y sin embargo insiste en inculparse, ¿sabe qué creo yo?

Me encogí de hombros. Mi abogado se había abstraído mirando por la ventana hacia la rama de un árbol, donde un hornero inquieto sostenía un bollito de pasto seco en su pico.

—Creo que —siguió el fiscal— usted podría haberle hecho el encargo al pibe y que le ganaron de mano o quizás tuvo que encargarse personalmente.

—Eso es una estupidez —protesté y miré a mi abogado para descubrir con asombro que se había dormido.

—¿Cómo explica esto? —preguntó el fiscal poniendo mi 38 sobre el escritorio. Lo miré unos segundos para asegurarme que era el mío y le dije:

—Yo denuncié que me lo habían robado.

—Muy conveniente —repitió varias veces el fiscal en voz baja.

—Igual, no la mataron con un arma de fuego, ¿no?

El Fiscal me miraba en silencio y volví a preguntar:

—¿Cómo lo consiguió?

—Acá las preguntas las hago yo —terminó antes de dejarme ir.

Previamente tuve que zamarrear a mi abogado y cuando estuvimos afuera le dije:

—No quiero ofenderlo pero ¿usted es boludo, cómo se duerme en esa situación?

—Me hago, pero no creo que lo haya engañado, me conoce mucho ese fiscal hijo de puta —me comentó en voz baja.

—¿Para qué?

—Estrategias legales que usted no entendería pero acá lo importante es otra cosa —terminó y como no seguía tuve que insistir.

—Bueno, dígame qué es lo importante.

—Lo importante es que confiese.

—¿Que confiese qué? —pregunté juntando presión y seguí—:

¿No le dije que soy inocente?

—Todos dicen que son inocentes.

—Me importa un carajo lo que dicen todos, yo no voy a confesar algo con lo que no tengo nada que ver —dije hablando a mil— si no me va a defender como corresponde, dígamelo de una vez.

—Está bien, está bien, pero no vuelva a decir que es inocente porque nadie es inocente de nada.

Tendría que haber cambiado de abogado pero este me salía muy barato. Pocos días después tuvieron que dejar en libertad a Ramiro. Fue el mismo día en que volvieron a entrar a mi casa a revolver todo y la fáca desapareció del estante. Bueno, pensé, empiezo a sacar algunas conclusiones.

VIII

Desperté sentado en el sillón. El timbre volvió a sonar. “Por lo menos tocan”, pensé. Mientras me levantaba se prendieron al timbre en un impertinente desafío. Si es el fiscal lo voy a echar a patadas, pensé, va a tener que detenerme o dejarse de joder. Abrí la puerta apretando los dientes y quedé paralizado. Irene, aún con el dedo en el timbre, me miraba con la sonrisita feroz que tanto le conocía. Estaba buena todavía, buenísima. Nunca entendí cómo me eligió. Siempre supe que hacía lo que quería, incluyendo el sexo con sus amigos, pero qué otra cosa podría haber hecho. Ella había dejado de tocar y me miraba.

—¿Vos acá? —pregunté. Me pantalleó de arriba abajo e hizo un gesto de asco. Miré mi camisa y pantalones arrugados, rocé mi cara sin afeitarse y mi pelo engrasado—. Estoy en decadencia —acepté con la seguridad de quien no le importa que lo juzguen. “Qué podrá querer la gran señora con su viejo semental radiado de servicio”, pensé y luego le pregunté—: ¿Te gusta lo que ves? —y di una vueltita como si fuera un modelo pasando ropa.

Ella entró a la casa empujándome al tiempo que decía:

—Si querés dar lástima, conmigo vas muerto. —Inspeccionó la casa con un par de cabeceos y luego con tono confidencial empezó—: Eso que dicen...

—No fui yo —la interrumpí— pero a vos sí que te mataría, más de una vez si pudiera.

Ella sonrió complacida. “Con solo un gesto me tiene en sus garras”, pensé. Ella dijo:

—Tengo un problema.

Me recuperé exclamando:

—¿Necesitan un riñón?, todo solucionado, en el depósito tengo dos.

Ella hizo un gesto que daba por terminado el chichoneo y dijo:

—Los chicos te quieren ver.

Me quedé en silencio, en verdad no comprendía.

—Te extrañan.

—¿A mí?

Ella, que había estado mirando hacia un lado, hizo un gesto que significaba “no lo entiendo pero es así”. Era la primera vez que la veía vulnerable. Y claro, lo hijos, hasta mi madre me había querido un poco. Supongo que esta guacha debía sentir algo por nuestros hijos.

—Decíles que me morí, que estoy loco, que no quiero, decíles cualquier cosa.

Ella negó con la cabeza, se hizo un silencio y repitió:

—Te quieren ver.

“Está acorralada”, pensé, “no puede manejarlo”, pensé, “ahora es mi turno de hacerla sufrir”, pensé, pero ella ordenó:

—Te llamo en un par de días para traerlos, andá limpiando esta pocilga.

Y se fue.

IX

Necesito rápido resolver esto, pensaba el fiscal apoyado sobre el escritorio y agarrándose la cabeza. Si voy sobre el marido me van a

hacer mierda, tendría que enganchar al veterinario hasta que se calmen las aguas, razonaba, parecía fácil, pero ya tiene abogado, va a empezar a defenderse. Hubiera querido estar en casa con sus libros y no aquí, agotado de esta Justicia que se mezclaba con la política y los negocios. Si no pasa nada más importante, van a seguir viniendo periodistas de la Capital y voy a quedar en el centro de las críticas, pensaba. Había entrado a Derecho creyendo en la Justicia y ahora era parte de ella, era la Justicia, Justicia cobarde que espera a que los políticos corruptos pierdan su poder antes de investigarlos, que las cuestiones trascendentes se conviertan en abstractas antes de tomar una decisión, que deja en libertad delincuentes para que vuelvan a delinquir, con jueces que ganan fortunas sin pagar impuestos, más difíciles de echar que un presidente y a los que nadie les pide explicaciones. Tienen que inmolarse públicamente para que los echen.

“Un veterinario también sabe matar”, le había dicho uno de los viejos profesionales de su pueblo cuando era chico, “y pocos saben tanto de eso como nosotros”, había terminado antes de enfrascarse en la eutanasia de Moro, el único perro que había tenido. ¿Sería por eso que estaba tan mal predisuesto con éste, o sería por lo del libro? En menos de 10 años había llegado a ocupar un lugar de poder. No iba a perderlo, necesitaba enganchar a alguien con el crimen por lo menos por un tiempo. Si se metía con el reciente viudo, arriesgaba lo logrado. Si no había encontrado en la Justicia algo que valiera la pena, no lo encontraría en ningún lado. Tenía que aferrarse a esto, en su pequeña isla estaba a salvo, no iba a volver a mar abierto para nadar sin destino, aunque tuviera que hundir a un inocente.

X

En la entrada del banco me crucé con Fer. Nos vimos cuando estábamos muy cerca y nos paralizamos. Me puse de costado para que

pasara, pero él retrocedió caminando hacia atrás sin dejar de mirarme. En vez de pasar hacia las ventanillas, le dije:

—Yo... lamento mucho lo de tu madre.

Él me sonrió y salió del banco. Todo había sido muy raro. Me puse en la cola para pagar servicios, todos me observaban. Me empeciné en quedarme y hacer lo que había ido a hacer pero a los pocos minutos me fui. No podía sacarme de la cabeza la extraña sonrisa de ese muchacho. A unas cuadas de allí lo volví a ver. Hablaba en una esquina con Ramiro, el hijo del peón. Me vieron. Fer se fue para el otro lado y Ramiro hacia mí. Yo estaba molesto con él porque era quien había estado entrando a mi casa y me había robado el arma. Me miraba desafiante.

—¿Qué tenés contra mí, pendejo de mierda? —le dije avanzando hasta pecharlo. Él retrocedió—. ¡Contestá, infeliz! —exigí.

—Usted... —se interrumpió temblando.

—¿Yo qué?

—Usted entró al monte...

—Ah, eso. —No le dije nada más. Me fui dejándolo con los puños cerrados, clavado como una estaca.

Esa tarde Irene trajo a los chicos. Fue todo muy cordial y frío. Estuvieron dos horas, pero me di cuenta de que la relación entre nosotros no iba a mejorar, que me estaban usando para castigar a su madre, que solo por eso habían forzado esta situación, que eran tan manipuladores como ella. ¿Y por qué no iban a serlo? Seguramente les iría mejor que a mí en la vida. Ya estaban muy lejos. No podía culparlos, no quería. Vendrían algunas veces más y después se irían distanciando, iban a saber hacerlo y la próxima vez buscarían otra cosa para joder a la madre, alguna que los involucrara menos, que no les exigiera poner el cuerpo. Los chicos aprenden rápido y éstos tenían a lamejor maestra. La mañana siguiente, una distracción me costó que un caballo me pateara. No me embocó de lleno, solo el pie de refilón. Hospital, vendaje, antiinflamatorios y reposo. Dormí toda la tarde, hasta que al

anochecer me despertó un ruido. Había alguien en la sala. Saqué una cajita de cohetes que había comprado especialmente para la ocasión, raspé uno y me tapé los oídos. Hizo un estruendo importante, luego el intruso atravesó el vidrio de una de las ventanas y corrió. Qué cagazo te pegaste, pensé. El piso quedó regado de esquiras y entre ellas un pañuelito de mujer hecho un bollo acartonado. Los líquidos biológicos que tanto le gustan al fiscal, pensé. Lo embebí en alcohol y le prendí fuego en la pileta de la cocina. “Andá a analizarte el culo”, dije.

XI

Fer le curaba los cortes de la cara a Ramiro con la concentración de quien restaura un cuadro. Ramiro temblaba y Fer interrumpía su labor cada tanto repitiendo:

—Qué hijo de puta, te disparó, te disparó.

Ramiro se encogía de hombros y ponía cara de “y, sí”, como si fuera lo más normal de mundo.

—Qué hijo de puta —repetía Fer.

—Bueno, nosotros tampoco somos santos.

—Qué hijo de puta.

—¿Tanto lo odiás?

Fer se sorprendió, luego dijo:

—Lo odio hasta el límite de lo posible y entonces lo odio un poco más.

—Te fallé —dijo Ramiro.

—Sos el único que nunca me falló, vos no tenés idea de lo que es eso.

Con palabras simples y sabiduría campera, Ramiro le había dado a entender que es más eficiente matar sin odio, pero Fer no lo podía evitar.

XII

Desde el asesinato de Rita, al sargento lo tenían de acá para allá. Le faltaban varios años para el retiro y no le daban bola con el traslado. Mientras no pasaba nada estaba cómodo en el pueblo pero si tenía que trabajar no le convenía, prefería ir a la Capital para hacer la diferencia. Allí los jefes entraban becados en la escuela de oficiales con una mano atrás y otra adelante y se retiraban millonarios. Un suboficial podía cuadruplicar su sueldo trabajando para ellos. En el país no había mafias gracias a que los negocios que requerían organización e infraestructura los manejaba la policía. A cambio garantizaban cierto control del delito. Hasta la dictadura había tranzado con ellos. Los políticos y los jueces no los importunaban, sabían demasiado de sus chanchullos. La última vez que habían querido meter un comisario honesto en uno de los barrios de la Capital, hubo una ola de asesinatos y asaltos. Parecía una guerra. Tuvieron que reponer al comisario anterior por órdenes directas del presidente y renunció el ministro de seguridad. Había sido una formidable demostración del poder dentro del poder, nadie les iba a escupir el asado a esos tipos y después de todo se lo habían ganado como se ganan las cosas que valen, por la fuerza. En el pueblo no había negocios. Cuando mandaban un comisario, era porque no quería entrar en la tranza o lo estaban castigando.

Con este crimen, el fiscal pretendía que ellos investigaran y el sargento tenía que esforzarse para no cagársele de risa en la cara. Cuando iban tras algún delincuente era más por orgullo que por deber. Tenían que pedir permiso y pagar comisión, entonces era posible hasta que liberaran la zona.

El sistema existía desde antes de que él entrara a la Fuerza y no se imaginaba que pudiera funcionar de otra manera. Había seguido el consejo de su viejo de entrar a la Policía, o en su defecto a cualquier dependencia estatal. “Enquistate ahí, no te compliqués con nada, llévate bien con los jefes, el más inútil y haragán hace carrera”, le decía.

Menos mal que le había hecho caso, cuando cumpliera 50 años se retiraba con el cien por ciento. En la Capital bajaban a algún policía de vez en cuando y los querían hacer pasar como caídos en el cumplimiento del deber cuando a la mayoría los mataban al robarles sus coches. Nadie parecía darse cuenta de que un oficial de los primeros escalafones no podía tener un coche de 60.000 dólares con su sueldo. Todos se hacen los tontos, pensaba el sargento. Y ahora tenía que hacerle un allanamiento al veterinario. Era increíble, hacía más de 10 años que no hacía uno. El juez le había encargado encontrar un pañuelo de mujer con las iniciales R. G. bordadas, el fiscal no tenía que enterarse. Le iban a hacer una cama al veterinario, se lo merecía por zurdito. Para él todos los universitarios eran zurditos. Algunos, como el juez, se adaptaban al sistema cuando se daban cuenta cómo es la vida real. Pensó en entrar pateando la puerta y divertirse matoneando al veterinario, pero no tenía ganas de sudar. Si me mandaran a la Capital, pensó mientras tocaba el timbre, me haría una linda diferencia antes de retirarme.

Traían orden de allanamiento.

—¿Y el fiscal? —le pregunté al sargento.

—Esto es por orden del juez —me contestó mientras sus hombres buscaban revolviendo sin ningún cuidado. Con los minutos se miraban entre ellos como si no pudieran encontrar explicación a alguna cosa.

—¿Y esa ventana? —me preguntó el jefe del operativo.

—Es una ventana.

—El vidrio —dijo con fastidio— cómo se rompió.

—Rompiéndose.

—¿Cuándo? —dijo subiendo el tono.

—Cuando dejó de estar sano —contesté simulando seriedad y antes de que se pusiera pesado le pregunté—: ¿Estoy arrestado? Ellos se miraron.

—¿No encuentran lo que vinieron a buscar? —insistí. Y se fueron. Llamé al fiscal.

—Te falló.

—No sé de qué me habla.

—¿Sabés qué estoy haciendo en este momento, boludo? —Las formas —intentó el fiscal— las formas, doctor. —Tengo en mis manos el nuevo manual, el de tapas rojas que reemplazó al que te llevaste; le estoy clavando un punzón en el lomo, lo entierro y palanqueo, oigo romperse las costuras y el pegamento; después voy a quemarle algunas hojas, otras las voy a arrancar una a una, de a poco.

Me cortó y me sentí estúpido pero satisfecho.

XIII

El fiscal no pudo resistir las presiones. Se suponía que si no había un acusado era porque no había llevado bien la investigación. Era cierto, pero lo que no decían era que a esa estructura amorfa e insensible que es el Poder Judicial, no le importa si un acusado es culpable o inocente. A este fiscal sí, así que tuvo que renunciar. Iba a ser difícil comenzar de cero, hacerse de una clientela, juicios de poca plata, empleados despedidos, la sucesión de alguna propiedad mientras de tanto en tanto llegaba algo para hacer una diferencia. Había perdido el poder y la seguridad de un buen sueldo a fin de mes. Creía haber ganado otras cosas que se harían más nítidas con el tiempo. O quizás se maldijera a sí mismo por haber sido tan estúpido, pero hoy su decisión era esta. El nuevo fiscal no podría hacer más que él pero tendría la excusa perfecta al echarle la culpa. El caso quedaría en la nada. Su esposa no estaba de acuerdo pero igual lo apoyaba. Iba a ser difícil para ella, quizás no tenía derecho a pedirle tanto. Y sus hijos, ¿tienen que sufrir los hijos porque un padre se cree con derecho a tener ética? Si los hijos de los corruptos disfrutaban de los frutos mal habidos por sus padres, ¿por qué no se iba a dar lo contrario?

XIV

Yo pensaba que las únicas ciencias exactas eran la geometría y la música, las de las proporciones. La matemática era una simple abstracción imperfecta de la geometría, debido a la intervención del lenguaje de los números, es decir una construcción tan arbitraria como las demás. Mis conocimientos no me permitían abordar la música, pero lo intentaba con la geometría estudiando para obtener los conocimientos que me permitieran visualizar los catalizadores químicos y las enzimas biológicas en acción. Allí, donde todo se acelera, donde no sabemos nada de lo que ocurre, donde se gasta la mayor parte de la energía que se consume, lo inaccesible está allí, donde la ciencia resuelve con desfachatez poniendo una flechita. Lo más importante ocurre allí, en esa flechita de mierda. Ése era el lugar mágico, el salto de órbita de los electrones, la partícula en dos lugares al mismo tiempo, el espacio entre dos pensamientos. Pasaba horas en mis experimentos mentales y salía de ellos más descansado que si hubiera dormido, recordándolo todo y profundizando cada vez más. Llegué a encontrar una forma geométrica que me permitía alterar el curso de una enfermedad, cambiando la dinámica de los tejidos malignos en un gato al que los otros veterinarios querían sacrificar. Su dueña no se resignaba y aunque yo no era especialista en mascotas sabía que tenían razón. Sin embargo, seguí con mis experimentos teóricos a pesar de que ello me acercaba peligrosamente a la locura, con el respaldo de saber que los más importantes físicos de nuestra civilización trabajaban con la imaginación. A pesar de que nunca había trabajado en un laboratorio logré imaginarme sintetizando los productos necesarios y lo llevé a la práctica en mi consultorio. Quedaba el siguiente paso, dárselo al gato, pero retrasaba el momento. No tenía ningún sentido, no podía darle a un paciente algo que no hubiera sido probado, cuya dosis terapéutica no hubiera sido establecida mediante complejos estudios predeterminados. No conocía tampoco la Dosis Tóxica ni la Dosis Letal 50, ni el tiempo de

metabolización y sus mecanismos. Entraba una y otra vez en ese estado de concentración para ratificar mis investigaciones pero retenía la sustancia. Hasta que el gato entró en agonía. La señora se había mantenido en contacto conmigo porque había manifestado cierta comprensión a su apego y le había dado un poco de contención. También era una deferencia de su parte porque todos en el pueblo estaban convencidos de que yo era el asesino de Rita, además de ser degenerado y sexópata, condición esta última que yo creo envidiaban. Finalmente le administré la sustancia al gato y lo controlé cada día hasta que su mejoría fue impresionante. Ahí dejó de interesarme. No pretendía llegar más allá de esta proeza mezquina, pero esta buena señora le llevó parte de la sustancia a una chica que sufría la misma enfermedad. Cuando ella también comenzó a mejorar ante la admiración de sus doctores, la historia de mi sustancia se difundió y tuve que apurar una siniestra idea que me venía rondando desde que mis hijos se habían cansado de su jueguito y no me pasaban bola.

Con una chapa hice un molde de mis pies. Pincelé uno de los lados con un inyectable para estudios diagnósticos, que contenía como marcador un isótopo inofensivo pero detectable. Puse las chapas junto el teléfono con los isótopos hacia abajo y con un soplete calenté la parte superior. Quedaron las quemadas en el piso con trazas de radiactividad. Había empezado a dejarme la barba, había conseguido un coche viejo sin papeles lejos del pueblo, así que después de teñirme el pelo llamé a la Fundación de Investigaciones Extraterrestres y pedí hablar con Tomás.

—Qué grata sorpresa —me dijo con frialdad. —Venga pronto —dije yo fingiendo temor. —¿Se acordó de algo?

—No hay tiempo, venga ya.

—Voy a tardar unas horas.

—No, por favor, no, ¡no! —terminé alejando cada vez más el teléfono de mi boca.

—Hola, ¿está ahí Víctor, está ahí?

Desconecté el teléfono y me fui dejando la puerta abierta, abandonando mi ropa, mi camioneta, mi maletín y hasta mis documentos.

XV

Al otro día Tomás Lucea llegó al pueblo acompañado por técnicos de un canal de cable. Buscando a Víctor entró en la casa. Encontró las huellas, detectó la radiación, se enteró de las curaciones. Víctor no aparecía por ningún lado. Acudió toda la televisión del país, los diarios y las revistas. Tomás explicaba con autoridad su relación con el maestro abducido. Pronto estaría presentando el caso en congresos internacionales y tendría que escribir un libro, por supuesto.

Días más tarde, Fer se fue con Ramiro unos días a la Capital. Al pasar frente a la casa vacía de Víctor, Ramiro le dijo:

—Al final zafó de la justicia.

Fer asintió.

—No sé cómo, pero zafó.

Salieron a la ruta y encararon hacia la gran ciudad.

—¿No te da nada de culpa? —preguntó Ramiro.

Fer negó con la cabeza, luego agregó: —Eso no sirve.

La casa de Víctor se había convertido en una atracción turística y como tal la explotaba Irene en combinación con la Fundación para estudios Extraterrestres. El ex fiscal pagó su entrada como un curioso más. Habían dejado todo tal como estaba, le dijeron. Miró sonriendo las famosas huellas, rodeadas por un corralito. Recorrió la habitación en la que había confrontado por primera vez con Víctor y reconoció el nuevo manual del veterinario abandonado en la biblioteca entre otros libros. El guardia no estaba mirando así que lo levantó y abanicó rápidamente sus hojas. En la primera había algo escrito: “No le hice nada, pero igual va a necesitar alguien que lo cuide”. Entraron un par de chicas con uniforme del colegio. Seguro que se hicieron la rata, pensó

el ex fiscal. El guardia no les sacaba los ojos de las gambas, así que aprovechó y escondió el manual bajo el saco. Antes de irse preguntó:

—¿No había una faca por acá?

—No.

—¿Y guardada tampoco?

—No hay nada guardado, lo que no está a la vista se lo llevaron.

El fiscal asintió pero el guardián ya miraba para otro lado.

XVI

Había arreglado dónde quedarme en Buenos Aires. Dos o tres meses alcanzarían para que surgiera un mito. El fiscal había sido honesto y valiente. Si los acontecimientos hubieran seguido su curso natural, me habrían inculcado sin que a nadie le importara. Yo no había comprendido ni el principio ni el final de mi relación con Irene, aunque la había querido. A Rita la había disfrutado, quizás por eso pude soportarle el abandono, debió ser por eso.

Pensando en la sustancia que había sintetizado me vino a la mente una de las frases del fiscal: “Las formas, doctor, las formas por favor”. Me llegaba la clave de todos lados. La primera vez imaginé el casco de una embarcación, la segunda una hélice. Eran de metal, de madera, de fibra, todas cumplían su función con distintas prestaciones, duraciones y costos. Yo necesitaba catalizadores y enzimas solo por millonésimas de segundos. Lo importante era la forma, como en el arte en la naturaleza, la forma más importante que el fondo. De dónde había surgido todo esto, cómo no lo hacía todo el mundo. Me toqué la muñeca izquierda y me pareció recordar. Me saqué el reloj que ocultaba una cinta pegada a la piel. La había tenido desde que comencé con las visualizaciones y me resultó incomprensible no haberlo recordado hasta ahora. Esa cinta era la que me daba estas posibilidades de acuerdo a lo que encontraba en mi inteligencia y mi formación académica. Se me

ocurrió que quizás quienes habían hecho experimentos imaginarios en otra época, habían tenido una similar. Cuándo me la había puesto, de dónde había salido, cómo no recordaba algo tan trascendente. Entonces me vino la imagen de Irene, siempre Irene y su grupo de ocultismo. El día que fue a decirme que los chicos me extrañaban quedé tan shockeado que podría haber hecho cualquier cosa. Ella se había apoyado de espaldas contra el borde de la mesa donde yo tiraba las llaves de la camioneta y el reloj apenas llegaba. Ese fue el momento en que había pegado la cinta a la parte interna de la malla del reloj para que pasara a mi piel. No era una deducción, la misma cinta me respondía guiando mi inteligencia hasta el momento y lugar precisos. No me atreví a sacármela, era tan tenue, tan sutil que tuve miedo de romperla y perder su poder. Aproveché y me pregunté por qué seguía tolerando a Irene y sus manipulaciones. La respuesta fue demasiado simple, la quería con estupidez adolescente. Si mi vida hubiera dependido de dejar de quererla, no hubiera tenido salvación. Me instalé en un pequeño departamento que un conocido me alquiló por pocos días. Ya lo tenía apalabrado de antes de salir. Me reencontré con la ciudad y empecé a buscar trabajo, pero las noches se me hacían interminables. Mirando TV por cable me fasciné por la claridad con que hablaba la locutora de la BBC. Yo había estudiado inglés pero nunca lo había llegado a hablar. Leía los artículos y libros técnicos sin dificultad, entendía mucho de lo oído, sobre todo a los locutores, pero a la que hablaba en este momento le entendía absolutamente todo sin el menor esfuerzo. Qué claro pronuncia esta mina, pensé. Me pasó lo mismo cuando habló el hombre y lo mismo cuando pasaron el pronóstico del tiempo hablando a mil por hora. Encontré que podía repetir las frases imitando a la perfección la pronunciación porque me pertenecía tanto como mi lengua materna. Podía decir lo contrario o rebatir o incluso pensar en inglés o en castellano indistintamente. Cambié de canal porque este descubrimiento me aturdía pero lo mismo me pasó con el noticiero en francés. En la RAI había un debate político. Entendía todo y aunque

un poco de francés había estudiado en el colegio y un poco de italiano siempre se oía en la Argentina de mi infancia, no se justificaba en absoluto este dominio. Cuando pasé por el canal alemán casi me desmayo. Era la cinta, no había otra explicación y ahora se me hacía perentorio averiguar por qué la llevaba puesta, de dónde había salido y sobre todo para qué la tenía yo. Apagué el televisor y fui al mercadito a comprarme unas cervezas. Cuando iba a pagar los chinos intercambiaron unas palabras entre ellos.

—Nos estamos quedando sin bebida —le dijo la china en su idioma a un chino que acomodaba mercadería cerca.

—Es la tercera vez que me lo decís —contestó él fastidiado.

Estuve tentado de intervenir en la chinesca conversación. Volví al departamento en estado de shock. El conocimiento siempre había sido una de mis obsesiones porque lo relacionaba con el poder. Lo que ahora ignoraba me atormentaba y el esfuerzo por recordar me agotaba. Pensé en llamar otra vez a Tomás Lucea, pero ya lo había visto por televisión pavoneándose como un imbécil, fraguando historias de ciencia ficción mediante asociaciones tan lógicas como falsas y hablando de mí y de mi vida como si me hubiera parido. Ese tipo no me podía ayudar en nada, estaba dedicado a su negocio y lo bien que hacía.

XVII

Estaba tan absorto en mis pensamientos que no me di cuenta. Mientras llamaba al ascensor me sujetaron de atrás y sentí un puntazo en la espalda. Me incliné un poco hacia delante, levanté los brazos y tomé a mi agresor de los pelos. Sentía la clavada dar vueltas hacia un lado y el otro como un destornillador. Me agaché violentamente hacia delante ladeando un hombro y mi agresor salió despedido. Lo que había aprendido a los 10 años en dos o tres clases de judo, ejecutado a la perfección. El tipo se levantó y huyó. Yo no podía hacer más nada, ni

siquiera lo vi bien. Largaba sangre con espuma por la boca y la nariz. Llevé mi mano hacia la espalda para palpar la herida y encontré algo clavado. Lo saqué de un tirón y cuando me recuperé un poco vi la faca que durante tan poco tiempo había sido mía. La luz del pasillo se apagó, me dejé caer, ya dolía menos y me sentí cómodo en la oscuridad. Quizás me hubieran hecho un favor.

Desperté en el hospital. Me habían operado. La herida no solo había interesado un pulmón, había llegado al corazón. Los cirujanos decían con orgullo que era imposible que estuviera vivo. Yo estaba seguro de que era la cinta. Observé que en su lugar había unas marcas como si la cinta se hubiera convertido en un tatuaje un poco más claro que mi piel. Era como si mi piel la hubiera absorbido quedando marcada. La enfermera interrumpió mis pensamientos. “Le sacaron el reloj en la Guardia, está guardado con el resto de sus pertenencias”. Asentí sonriendo, el reloj me importaba un carajo. “La cinta ya no va a poder sacármela nadie”, pensé. Pero tuve una visión, vi a Tomás Lucea cortándome el brazo con un machete. Fue tan real que estuve largo rato tocándome el brazo para verificarlo en su lugar. Voy a tener que cuidarme, pensé. Mejoraba tan rápido que me enteré del revuelo por mi reaparición. Hubo menos presión de la esperada, yo ya era prescindible en una historia que tenía vida propia. Me parecía raro que Tomás Lucea no viniera. Debía estar prevenido contra él. Me interrogó un secretario del Juzgado. Le dije que no había visto nada ni podría reconocer a nadie.

—¿Encontraron la faca?

—¿Qué?

—El arma blanca con la cual me apuñalaron.

—Sí —contestó el funcionario desconcertado.

—Es mía —dije sin pensar— es muy importante para mí. Entonces inventé que me la había regalado mi padre cuando yo era chico, que al mudarme no quise ponerla con el equipaje, que la olvidé en el bolsillo de la campera, que el ataque debió ser un intento de robo por-

que me revisó los bolsillos, que cuando la encontró intenté resistirme y por eso fui herido por mi propia arma.

—¿Así que no recordaba nada? —dijo el funcionario. Yo insistía en que me devolvieran la faca.

—Vamos a ver —terminó diciéndome para que me tranquilizara. Mi mejoría era tan rápida que empecé a recibir visitas. Irene, apenas entró se me rió en la jeta.

—Vas en picada —me dijo.

—No tanto —le dije yo— hay muchas cosas que no sabés. — Hizo un gesto que quería decir algo así como “está bien, no me interesa” y preguntó—: ¿Necesitás algo? Yo no pude contestar de la sorpresa.

—Algo —repitió.

—Ahora que lo mencionás...

—Me refiero a plata.

Yo me encogí de hombros.

—Es un hospital público. —Luego agregué forzando una sonrisa—: ¿Los chicos?

Ella ladeó la cabeza y me hizo un gesto que quería decir más o menos “si ya sabés cómo es la cosa”, luego se despidió desde lejos y se fue. “Y yo que creí que ni a mi entierro iba a venir”, pensé. De inmediato entró Tomás Lucea y me sobresalté.

—¿Qué quiere?

Él levantó las manos.

—No tengo nada que contarle.

—Ni me interesa.

—¿Qué quiere entonces?

—Que no me joda la vida. Por primera vez la pegué —siguió— no quiero que me contradiga, no quiero que ratifique ni rectifique nada de lo que dije sobre usted.

—¿No quiere que le arruine el negocio?

Alzó las cejas, se acercó cauteloso y me entregó un cheque por 30.000 pesos.

—¿Y esto?

—Es su parte, lo justo.

—¿Así como así?

—Es lo que corresponde, pero no me joda.

Tuve que pensarlo poco.

—Usted no me jode y yo no lo jodo. Asintió con la cabeza y se fue. Todavía tenía el brazo, volvía a tener plata y a estar sin nada que hacer ni lugar a dónde ir.

Decidí volver al pueblo. De derrota en derrota, por lo menos no estoy en pelotas, pensé. Estaría mejor donde la gente me odiaba que donde me ignoraba. Encontré que estaban usando mi casa como museo.

—Nos hicimos cargo del alquiler, vos largaste todo —se justificó Irene— además fue idea de mi viejo vincularte públicamente con la Fundación de Estudios Extraterrestres para disminuir tu credibilidad, supongo.

—¿Por lo del disfraz de mucamita?

Irene asintió y yo tuve que reírme. Ella recuperó mis cosas personales, yo recuperé mi camioneta y me fui al pequeño y viejo hotel del pueblo. Esa misma tarde vino a verme una chica a agradecerme por su curación. Era la amiga de la del gato.

—Fue una casualidad —le dije.

—Igual acépteme esto —contestó ella extendiéndome un cheque por una pequeña fortuna. Hice amague de negarme y ella dijo:

—Es solo un poco de lo que tengo, no sea boludo che. “Tiene razón”, pensé. Con eso me compré un pequeño campo que arrendé para el cultivo de soja, tan rentable últimamente. Tenía un par de habitaciones para un peón y su familia. A mí me servía así que me mudé. La gente comenzó a cambiar su actitud para conmigo. No era porque me creyeran inocente, ni porque me aceptaran como uno de ellos. Era porque ahora tenía un campo, una marca de nobleza por estos pagos. El abogado recuperó mi 38, que tenía los papeles en regla y no había sido usado en ningún ilícito. En realidad lo que más quería era la faca que me habían

devuelto justo antes de volver de la ciudad. Ya no me quedaban casi marcas de la cinta en la piel, tampoco podía concentrarme para visualizar como antes y había perdido mis habilidades idiomáticas. Razoné que quizás la cinta tuviera una cantidad de energía que había agotado para recuperarme de las heridas. Lógico, como las pelotudeces de Tomás Lucea. Me iba creciendo un rencor que exigía venganza. Ya estaba harto de bancarme todo con mansedumbre de oveja. Sin saber todavía qué iba a hacer, comencé a tomarle los tiempos a Fer y Ramiro. Me llevó un año de estar atento. A veces se iban una semanita a la costa o a la Capital. Cuando estaban en el pueblo vivían separados, pero Ramiro iba noche por medio a la casa de Fer y se quedaba hasta la mañana. En esas ocasiones, hacían juntos algunas compras para la cena. A veces iba Ramiro, a veces Fer, a veces juntos. Necesitaba engancharlos de a uno. Una noche, esperé tras un árbol la vuelta de Fer a su casa. Venía con una bolsa en cada mano y apenas tuvo tiempo de reconocermme mientras le enterraba la faca. Lo sostuve unos momentos contra la pared para poder repetir las puñaladas una y otra vez como si él fuera el único culpable de todo lo malo que me había pasado en la vida. Lo dejé con la faca puesta. Otro gran revuelo en el pueblo. Si no fuera por mí, se morirían de aburrimiento, pensé. Me fui enterando de algunas cosas: que Fer estaba muerto antes de llegar al hospital, que la faca era de Ramiro, que era típico de un crimen pasional, que el peoncito ya había confesado el asesinato de Rita y lo habían largado, que eran pareja y muchas otras cosas que yo escuchaba con interés y asombro mal fingido. Había cuestiones que Ramiro no podía aclarar, y se refugió en su silencio. Fue a la cárcel un tiempo. Esto terminó de limpiar mi imagen ante los demás.

XVIII

No le molestó a Irene la vuelta de Víctor al pueblo. Todos hablaban pestes de él pero a ella esas pavadas no le importaban. Lo ayudó

en todo lo que pudo, manteniendo su indiferencia afectiva. La verdad, se las estaba arreglando bastante bien y no le había querido aceptar dinero. Empezaba a sentir un poco de respeto y en cierta forma eso la reconfortaba. Ella lo había usado como a una cosa y le importaba un carajo, pero últimamente pensaba que quizás el destino la castigaría haciendo de sus hijos unos petoludos de la estirpe del padre. Víctor también había zafado muy bien de lo de Rita, cuando todos querían echarle la culpa. Y todo sin la mínima ayuda. Notable. Siempre lo había saludado cuando se lo cruzaba, pero ahora agregó un poco de respeto. Sus hijos ya andaban solos por las calles del pueblo y notaron el cambio en su madre. Sin proponérselo se les pegó y ellos también empezaron a saludar a su padre tan brevemente como antes, pero con otra actitud, otra mirada, algo muy sutil que no se le escapaba a nadie.

El ex fiscal sabía que el asesinato de Fer debía estar vinculado al de su madre, así que se mantuvo al tanto. La principal prueba contra Ramiro era la faca, muy particular, cuya descripción circuló en la prensa. Se le encendió una luz de alarma y consiguió que un ex compañero de la Justicia se la mostrara. Era la misma, la faca del veterinario. Hasta la había tenido en sus manos. Todavía recordaba el énfasis que había puesto Víctor al decirle lo importante que era para él. No le podía decir a nadie porque solo serviría para acentuar la fama de inútil con que se había ido de la Justicia. El veterinario solo tenía que negar haberla visto nunca y él quedaría como un imbécil. Ya era un imbécil. Sabía que el juez le había querido plantar pruebas al veterinario, sabía que eran muchos a los que les convenía que el tipo cargara con el crimen para que no se siguiera investigando y salieran a la luz historias de sexo en las que participaban casi todas las personas importantes de la zona, incluyéndolo. Y él se había inmolado profesional y socialmente para salvar a un asesino. Sin duda que era un imbécil. Fue a ver a Víctor al campo. Este lo recibió sin disimular su sorpresa.

—Ya no soy más fiscal, pero igual quería preguntarle algo.
Víctor asintió.

—El arma con la que mataron al hijo de Rita, estoy seguro de que es suya.

—Esas facas son muy comunes en el campo —explicó Víctor y agregó con seguridad—: Además yo nunca tuve una.

—Ya me lo imaginaba.

Los dos sabían de qué hablaban. De pronto Víctor recordó que esa misma faca la había reivindicado como suya en la Capital, que la había reclamado con insistencia. ¿Podría este hombre estar al tanto? ¿Hasta dónde era peligroso? El fiscal se dio cuenta que el veterinario se sentía amenazado. Por algo teme, pensó, ojalá supiera por dónde agarrarlo. Luego se dio media vuelta y se fue sin saludar. Ya no puedo hacerme más el justiciero, pensó. Cuando volvió a su casa hizo un fuego en la parrilla y quemó los manuales del veterinario. Luego fue sacando de a uno los viejos libros lastimados que protegía y también los quemó. Proteger, dejar, quemar, aquí no hay ninguna cuestión, pensó con el ritmo de Shakespeare.

XIX

Decidí administrar mi campo y dejar la profesión. Vas a tirar tu carrera por la borda, se escandalizó un colega. Qué carrera, qué borda, pensé. Recordé una de las noches de insomnio de mi adolescencia. La ventana de mi pieza daba al techo de chapa del vecino, la radio a válvulas iluminaba el ambiente. Le había tenido que sacar la tapa de atrás para que no recalentara. Me había preguntado dónde estaría dentro de diez años y me había prometido recordarme esa pregunta. Pasaron algunos más, nunca me hubiera imaginado cómo iba a terminar. ¿Terminar, por qué terminar? Creí que siendo veterinario elegía una forma de vida, yendo de un lado a otro por el campo, trabajando con caballos y vacas. En la mitad de la carrera me di cuenta de que me había equivocado, no quería ser veterinario, quería ser hijo de estanciero. Ya era tarde, si no

quería desperdiciar tres años de facultad, tenía que terminar. Terminar, otra vez esa palabra. ¿Y si fuera empezar, estaría a tiempo de empezar lo que fuera? Fuera, terminar, mal momento para semejantes palabras. Era la influencia de Irene. Cuando la conocí, me impactó la atención que me ponía. Me halagaba pero después me di cuenta de que en vez de escuchar mis argumentos los disecaba palabra por palabra. Nunca me explicó, intenté prestar más atención a cómo decía las cosas y cómo las decían lo demás, aunque solo conseguí molestarme a mí mismo con los oscuros mensajes que las palabras me ocultaban.

Miraba el campo sembrado, mi campo. Iba a entrar para evitar el atardecer, pero decidí que esta vez lo enfrentaría. Tenía que provocar un cambio en mi vida. Quizás mis errores se justificaran en la falta de medios en mi juventud y cuando me casé con Irene, en la inercia. Ahora, con una posición económica sólida, tenía que dejarme de joder, encontrar otra forma de vivir, quizás formar otra familia. Me alejé de la puerta buscando la mejor perspectiva para ver al enorme sol rojo hundirse como aquella vez hacía tantos años y sentí un tirón hacia atrás seguido de un estampido con su débil eco. No podía respirar. En el campo no vi nada, hacia abajo, cubierto de sangre, y hacia atrás la pared salpicada. No me moví. A lo lejos un destello mudo.

Entre el sembradío, el ex fiscal dijo para sí, “Por Rita”. Desarmó rápidamente el fusil monotiro que le había hecho un artesano a su padre muchísimos años atrás con un caño de Máuser con culata y cierre de escopeta. Los dos estaban muertos y el fusil nunca había sido registrado. Igual tendría que descartarlo. Recogió una vaina del suelo, la otra la dejó en la recámara. Manejó desde el camino interno hasta el arroyo y tiró las partes. Se quedó largo rato allí. No se sentía mejor, se sentía más hombre.

El sargento se paró ante el grueso charco que había salido de la cabeza del veterinario. Brillaba con la poca luz que quedaba. Las moscas revoloteaban por cientos sin posarse. Contra la pared dos impactos con su aureola roja. Lo habían hecho venir con todos sus hombres que es-

peraban instrucciones. Desde el impacto más alto en la pared trazó una línea recta hasta la profundidad del sembradío. Habían traído alguien de afuera, un tirador. Cuánto le habrían pagado. Se internó entre las plantas 300 metros, no encontró nada. No ibas a dejar una vaina para mí, pensó. Volvió sudado y con los zapatos sucios. Con sus hombres había un joven trajeado dando instrucciones, que le preguntó:

—¿Encontró algo?

El sargento miró hacia sus hombres e hizo un gesto de interrogación casi imperceptible.

—Es el nuevo fiscal, Seace.

—¡Cerace! —lo corrigió en un grito el nuevo fiscal.

El sargento dijo:

—Nada.

—Hay que revisar bien.

—Ya lo hice.

—Organizar una batida con todos los hombres.

—Ya lo hicimos.

Cerace miró a los hombres, frescos y con los zapatos immaculados y miró al sargento.

—Habrá que hacerlo otra vez.

—Ya lo hicimos otra vez y otra y otra —dijo el sargento. Sus hombres se miraron expectantes.

—Bueno, sigamos —concedió Cerace entrando a la casa para que no se dieran cuenta que se sonrojaba. Sus hombres se miraron como cachorros defendidos por el jefe de la manada. El impacto más alto en la pared estaba tachonado de improntas minúsculas de cerebro. Cuánto conocimiento, cuánto saber y estudio debe haber pasado por ahí —pensaba el sargento— te mataron sin arriesgarse al cara a cara, qué forma de matar —pensaba el sargento— podríamos haber sido amigos zurdito, podría haber sido tu sargento Cruz y plantarme a tu lado contra el poder, menos mal que no tuve oportunidad, un arranque de romanticismo alcanza para terminar con cualquiera, pensaba

el sargento. Algunas moscas se posaban en los agujeros de los balazos, pronto se atreverían con el charco que al secarse perdía el brillo que le hacía recordar el del sol cuando se pone en estas tierras malditas.

—Está muy oscuro, seguimos mañana —dijo el sargento, y sus hombres lo siguieron. Al fiscal se le constipó la protesta.

Al entierro de Víctor sólo fueron Irene y el ex fiscal. No hablaron hasta que la fosa estuvo tapada. Él le dio la mano.

—Gracias —dijo ella y siguió— lo más fácil era culpar a Víctor y usted se jugó todo por la Justicia. —Él sonrió apenas y ella agregó—: Cuando usted mantuvo sus principios a pesar de las presiones, empecé a pensar que quizás no sea todo una mierda; usted no se traicionó.

—Fui un imbécil —dijo él.

—No.

—Sí, comprendo que usted no lo haya considerado pero su esposo era un asesino.

—Si estaba tan seguro, ¿por qué no lo acusó?

—Sin pruebas...

—A eso me refiero. —Irene comenzó a alejarse mientras decía—: De todas formas quédese tranquilo, a Rita la maté yo.

El ex fiscal se quedó con la boca abierta e Irene se detuvo y agregó riendo antes de irse:

—Cosas de mujeres.

Todo se le movió al ex fiscal y tuvo que sentarse en la tierra. Esa noche, un grupo de hombres trabajaron en la tumba de Víctor. Unos cavaron, otros vigilaron y Tomás Lucea esperó machete en mano. “Qué suerte que no lo cremaron”, pensó.

XX

Tal vez por haber nacido en el campo se le hacían los días interminables a Ramiro. Si no fuera por el encierro la vida sería más que

fácil, pensaba, en la cárcel solo había que saber defenderse. También pensaba que esa noche fatídica en que Fer atacó al veterinario tendría que haberle dado otra arma. O haber insistido más para ir él, pero Fer lo tenía decidido. Tal vez porque él ya se había arriesgado muchas veces para complacerlo en su encarnizamiento con el veterinario, tal vez porque pensó que lo creía el asesino de su madre. Por una u otra razón quería hacerlo personalmente, no lo pudo disuadir. Hubiera querido que dejaran las cosas como estaban pero Fer no era de dejar. En la Capital era imposible que lo relacionaran con la faca. Quién iba a pensar que ese hijo de puta... De todas formas no lo vivía como una injusticia. Había fallado en el crimen, eso no era ser inocente. No le preocupaba tampoco que su vida pasara. Si hubiera sido posible estar preso donde los ojos se perdieran en la distancia, hubiera estado bien. Tan poco necesitaba. Lo doblegaba encontrarse con paredes por todos lados. Si al atardecer cerraba los ojos el suficiente tiempo, podía escuchar el filo aunque no tuviera la faca. Entonces veía el Sol, tan especial en su pueblo, siendo tragado por la tierra. Llegar a ese momento del día desde el encierro, era su única recompensa.

XXI

Garrido ya era un hombre grande cuando conoció a Rita. Su belleza, alegría y desfachatez lo cautivaron. Casarse había sido un intento de tenerla solo para él, pero enseguida reconoció que era imposible. Nunca se sintió cornudo, así que no anduvo averiguando nada, decidió que ella era así y que si la quería, así debía aceptarla. La mayor parte de sus placeres pasaban por los negocios. Podría haberse retirado pero consideraba un acto creativo encontrar buenos negocios donde otros no los veían, resolver problemas y remover obstáculos que para otros eran insalvables. También se daba algunos gustos, como mantener los

casos históricos de las estancias restando tierras a la productividad. Preservaba casas antiguas por su valor arquitectónico y regularmente compraba obras de artistas desconocidos aunque no le gustaran para apoyarlos en su desarrollo.

Cuando mataron a Rita, nadie se atrevió a insinuar que él estuviera complicado. Le dolió, extrañaba a su pendeja casquibana. En cambio lo de Fer no lo había afectado. No tenía nada que ver con ese chico amanerado de sonrisa perversa. No creía que ninguno de los amantes de Rita hubiera podido matarla. Cualquiera que se hubiera acostado con ella una vez, la habría amado para siempre. Se tenía la certeza en el pueblo de que él había hecho justicia, que su inacción había sido la frialdad con que los implacables esperan su momento. Lo único que le hubiera interesado a Garrido era revivir a Rita y ni él podía.

XXII

Hacía meses que no era fiscal, no entendía las razones por las que Garrido lo había citado en esas instalaciones agropecuarias en el medio del campo. Un lugar ideal para hacer desaparecer a alguien, pensó. Entró a uno de los galpones y lo vio rodeado de empleados. Cuando se acercó se dispersaron dejándolos solos. No se saludaron. Garrido le tendió un mate y él negó con la cabeza.

—¿Quién la mató? —le preguntó de una.

—Si lo supiera seguiría siendo fiscal.

—Lo sabe, lo sabe.

—Hubo un momento en que estuve seguro de que había sido el veterinario.

—Pensé que conocía más a la gente.

El ex fiscal asintió, luego se le ocurrió que aunque fugazmente, él también había sido amante de Rita. Garrido parecía darse cuenta de todo, y le dijo:

—Nunca fue mía, mucho menos suya.

—En un momento estuve seguro de que había sido el veterinario —repitió el ex fiscal.

—Fue peor que un crimen, fue un error —dijo Garrido pronunciando cada palabra con lentitud. El ex fiscal se sobresaltó pero permaneció callado—. Frase jodida, ¿le cuadra?

El ex fiscal no contestó.

—Es de Talleyrand, ministro de Napoleón, a consecuencia de una terrible cagada que se habían mandado —aclaró Garrido sonriendo y siguió—: Le prometo que no voy a hacer nada, dígame quién fue.

—Ahora lo sé, pero no tengo pruebas y no se lo voy a decir a nadie, nunca. —Garrido asintió y el ex fiscal agregó—: Hay algo que sí le quería decir. —Garrido ahora lo miraba con desinterés.

El ex fiscal se arrepintió pero ya había empezado—: Estoy seguro de que Ramiro no fue el que mató a Fer.

Estuvieron un rato en silencio. Garrido lo observaba divertido pero no preguntaba. El ex fiscal tuvo que seguir:

—La faca de Ramiro, hacía mucho tiempo que la tenía... otro.

—Vaya —dijo Garrido señalando la puerta con la cabeza.

XXIII

Cerace quiso repetir las entrevistas, pero le resultó difícil porque todos pretendían que se atuviera a lo que ya habían dicho al fiscal anterior. Le costaba que acudieran a sus citas y nadie decía algo que ya no estuviera dicho. Ese tal Garrido no daba pelota y cuando planteó hacerlo comparecer por la fuerza pública todos se le rieron en la cara. El veterinario estaba muerto y los otros amantes de Rita no aportaban nada. Se fue dando cuenta de que a pesar de su cargo y responsabilidades tenía muy poco poder entre esa gente y que de la Capital no podía esperar ayuda. Irene fue la última en acudir. Quiso hacerla es-

perar pero ella se mandó a la oficina. Se había puesto unos pantalones elastizados que le marcaban el culo y las piernas con la intención de turbarlo, y resultó. Se acercó al escritorio y se sentó de costadito en el borde. Cerace se puso colorado. Era un problema que siempre había tenido por su piel excesivamente clara y su tendencia a sonrojarse ante la más mínima provocación. Se paró y le tendió la mano que ella estrechó como hacen los hombres enérgicos.

—Doctor Cerace, todo con C —se presentó él.

—¿Siempre con C?

—Todo con C —aclaró poniéndose bordó.

—Más te hubiera valido ser morocho.

—¿Qué? —dijo Cerace tratando de ganar tiempo.

—¿Qué te gusta?

Cerace se sentó, no sabía qué decir ni cómo hacer para que su vista no se fijara en ese pantalón que parecía pintado sobre la piel.

—¿El ajedrez, pescar? —dijo ella caminando hacia la biblioteca como si le interesara inspeccionarla, para que Cerace le mirara el culo a gusto. Cerace logró decir:

—Pescar criminales.

Irene le sonrió como si lo hubiera impactado su respuesta. Te gusta hacerte el ingenioso, pensó, sobre todo si te la sirven en bandeja. Luego agregó:

—Seguro que te recibiste con medalla de oro.

—¿Cómo sabe?

—Se nota —dijo Irene, yéndose. Cerace tenía una erección que no le permitía pararse y se quedó sentado un buen rato. “Menos mal que se fue rápido”, pensó, “tengo que salir de este pueblo antes de que me empiecen a forrear”. Era joven y estúpido, se estaba dando cuenta.

Días después se juntaron el ex fiscal y Cerace en un bar.

—Disculpe que lo moleste, necesito hablar de algunas cuestiones —le dijo Cerace mientras tendía una mano que quedó en el aire.

—Todo está en el expediente —contestó seco el ex fiscal.

—No se trata del expediente.

—No tenemos nada de qué hablar, pendejo de mierda. —Cera-ce se quedó cortado y el ex fiscal siguió—: Si querés citarme, citame como corresponde en la Fiscalía.

—Pensé que...

—Pensaste que después de echarme la culpa de todo, después de andar hablando cualquier mierda para los medios, ahora que se te complican las cosas te podía tirar un cable. —Miró unos instantes a Cerace que no conseguía reaccionar y estaba colorado como un tomate.— Sólo tengo una cosa que decirte, andate a la puta que te parió.

XXIV

De pronto, las mismas pruebas que habían servido para condenar a Ramiro se volvían circunstanciales. La diferencia era solo la de tener un buen abogado, uno de los hombres de Garrido. Quiso agradecerle pero le mandó decir que no hacía falta. Pensaría como todos los del pueblo, que habían sido pareja con Fer. Fer era un poco amanerado, putito no le constaba. Ellos de sexo no hablaban y era lo único que no se hubiera animado a preguntarle. No es fácil de entender la amistad cuando tanta gente entroniza al sexo como lo más importante en su vida. De todas formas a Garrido era mejor no acercarse. Se decía en el pueblo que había contratado a un profesional para matar al veterinario. Volvería a trabajar en el campo. Lo pasmaba cómo siendo un hombre tan simple, se había enredado en asuntos complejos. Ahora, cuando el Sol se ocultara podría estar ahí, respirar la humedad de la tierra, sentir a los pájaros y el frote de las hojas de los árboles. Le habían dicho que el sonido era similar al de las olas del mar. Tenía que ver el mar aunque fuera una vez en su vida. ¿Por qué no?, pensaba, mientras escuchaba al filo de su nueva faca.

XXV

También al campo tuvo que ir Tomás Lucea para encontrarse con Garrido, pero él ya estaba acostumbrado. Le entregó un estuche alargado. Garrido lo abrió. Allí se extendía la cinta que había usado Víctor.

—Macabra tarea te encargué —dijo sonriendo.

—No hay problema.

—Por supuesto —agregó Garrido cabeceando hacia la puerta para que se fuera. Antes de salir Tomás Lucea dijo:

—Tenía razón, estaban cortados los frenos.

Garrido asintió y Tomás se retiró. Mientras guardaba el estuche en la caja fuerte pensaba: Irene, Irene, qué boba resultaste. Ella iba a insistir, pero no le pagaría con la misma moneda. La gente se destruye sola, pensaba Garrido y estaba tranquilo, tenía ventajas que los demás no sospechaban. Al día siguiente iba a visitar a su hija que se había reestablecido y a su ex mujer, que se había hecho pasar por la afligida dueña del gato. Lo más difícil de todo había sido conseguir un animal con la misma enfermedad, pero para eso Tomás Lucea era muy eficiente, tipo desagradable pero eficiente. La Fundación para Estudios Extraterrestres iba a mantenerla, era ideal para encubrir sus actividades.

Garrido no tenía chofer. No se había comprado semejante autazo para que lo manejara otro. Cuando lo abrió lo sorprendió Irene.

—Me equivoqué —le dijo ella— hay cosas que se deben hacer personalmente —y le apuntó con una pistola.

—Irene, Irene, me extraña, sos de los nuestros, ¿te sentís culpable ahora? —Ella tensó el brazo hasta que vibró.— Ni vos ni tus hijos corren peligro, yo no arreglo las cosas así —dijo Garrido.

—No es por eso.

—Sos tan soberbia.

—Manipulador de mierda —dijo ella llorando.

—Vos te ofreciste para engatusar a Víctor, te casaste para traerlo, le diste dos hijos y cuando lo tuviste bien atornillado lo largaste.

Irene no podía hablar.

—Yo no lo maté —terminó Garrido.

—Podías haberlo participado —dijo ella susurrando.

—¿A uno de afuera, estás loca? —Y le explicó como si hiciera falta—: Con lo difícil que es encontrar alguien tan receptivo y que tenga conocimientos aplicables, si se negaba ya no había oportunidad. Además —siguió él— nadie puede probar ese poder y seguir siendo uno más, ni yo puedo —terminó subiendo al auto. Lo puso en marcha, ella se acercó apuntándole a la cabeza y Garrido se alejó manejando tranquilamente.

Nada de lo logrado por Víctor se había perdido. Habían controlado de cerca la síntesis de la sustancia que él había imaginado. Lo habían seguido cuando compraba los elementos necesarios, lo habían filmado con cámaras ocultas mientras la sintetizaba en su consultorio. Era de ellos, de todos ellos, hasta de Irene. “De la humanidad”, pensaba Garrido.

XXVI

Pasaron tiempos felices, de victoria para Garrido, hasta que su hija tuvo una recaída. No era importante. Calcularon que con alguna toma más de la sustancia alcanzaría para curarla definitivamente, pero no hizo efecto y la enfermedad empeoró mucho más rápido que la primera vez, como si ya supiera el camino. Pensaron que la sustancia se había inactivado, que quizás no se conservaba y la sintetizaron otra vez. Tampoco hizo efecto. Revisaron todo el proceso, las anotaciones del veterinario y las filmaciones de su trabajo en el improvisado laboratorio. Resintetizaron la sustancia una y otra vez sin resultados. La hija de Garrido ya estaba mal y no encontraban la falla. A pedido del mismísimo Garrido, Tomás Lucea revisó todo el material. No era científico pero tenía una infinita capacidad de observación. A Garrido

cada vez le costaba más pedir su colaboración. A Tomás Lucea le alcanzó ver una vez las filmaciones de Víctor trabajando. Las pasó a una velocidad inferior a la normal y unas décimas de segundos llamaron su atención. Aisló la imagen hasta convertirla en una foto. Al girar la cabeza, Víctor miraba directamente la cámara oculta. Imprimió la foto y le dieron escalofríos, era como mirarlo a los ojos. Cuando lo expuso ante el grupo, algunos pensaron que era una casualidad, otros coincidieron con él, Garrido no tuvo dudas.

—Se dio cuenta, el hijo de puta se dio cuenta y... nos cagó —terminó incrédulo. A partir de allí todos estuvieron de acuerdo.

—Si es así, no tuvimos ningún control sobre la síntesis de la sustancia —dijo Tomás Lucea.

Garrido lo miró como si lo fuera a matar, luego se aflojó y solamente dijo:

—Propuestas.

Nadie abrió la boca hasta que por fin Tomás Lucea dijo:

—Hay que hablar con Irene, tal vez sepa algo. —Garrido asintió y Tomás Lucea agregó—: Primero yo y si no consigo nada sigue usted.

Garrido asintió de nuevo. Lo dejaron solo y se quedó observando la foto, la cara de Víctor, sus ojos. Y mientras más la veía más le adivinaba el disimulo de una sonrisa.

—Sin dudas —concluyó.

Irene lo recibió ese mismo día. Tomás Lucea estaba raro, muy serio, sin esa cordialidad artificial con que la había tratado siempre.

—Necesito hacerte unas preguntas, las respuestas son mucho más valiosas si ignorás mis motivaciones.

Irene aceptó con un movimiento de cabeza.

—¿Víctor te dejó algo, cuadernos, papeles, carpetas, cualquier tipo de anotación que no estuviera en su casa?

—No, nada, solo el frasquito.

Tomás Lucea apenas logró aparentar indiferencia. —¿Qué frasquito?

—Eso no es asunto tuyo —dijo Irene.

Tomás se tomó varios segundos.

—Necesitamos saber de qué se trata. Irene sabía que Tomás actuaba por cuenta de Garrido y si Garrido necesitaba algo, no había alternativa.

—Víctor me dijo... —ella dudaba, Tomás la presionaba con la mirada— que era para sus hijos.

Tomás se quedó mirándola en silencio hasta que Irene se sintió intimidada.

—Esperá —dijo yendo a otra habitación. Volvió luego de un par de minutos con un papel en la mano.

—Eso no es un frasquito —quiso distender Tomás. —Anoté algunas palabras sueltas de lo que me dijo Víctor para tratar de retenerlo; ese día estaba muy agitado, hablaba muy rápido, la mayor parte de lo que dijo me parecieron estupideces pero como sabía que ustedes lo usaban para un proyecto muy importante, retuve algunas palabras para anotarlas y rearmar sus dichos.

—¿Ustedes? —dijo Tomás, extrañado.

—¿Qué?

—Nada —dijo él, y tomando el papel leyó en voz alta—: Dosis curativa total-partición-catalizador-enzima-una vez.

—Ya me lo aprendí —dijo Irene—, lo que me explicó es que en el frasquito hay una dosis única curativa total para cualquier enfermedad metabólica, es decir por funcionamiento defectuoso de una enzima o catalizador aunque la enfermedad sea genética, que alcanza para curar totalmente a una persona, que no hay más que esa y que si se fracciona no va a funcionar.

—Y se supone que es para tus hijos.

—Para el primero que se enferme, pero hay que estar seguros de que la ciencia ya no pueda hacer nada para no malgastarla —terminó Irene, sacándole el papel de un tirón.

—Garrido... —dijo Tomás Lucea, pero Irene lo interrumpió.

—Van a tener que matarme.

—Vos no tenés ningún hijo enfermo.

—Puede suceder.

—Irene, no solo vas a morir vos, no seas estúpida.

Ella dudó, caminó pensando por la habitación un par de minutos, luego sacó la pistola que escondía bajo el pulóver y la dejó sobre la mesa. Tomás hizo un gesto como diciéndole “sos grande para estas cosas”. Irene se fue y volvió con un tubo de ensayo con tapón de goma y dos centímetros de un líquido espeso y dorado. Tomás Lucea sonrió y lo guardó en el bolsillo interno de su campera.

XXVII

—Qué dilema —dijo Garrido cuando Tomás Lucea lo puso al tanto de todo.

—No, yo no tengo derecho a plantearme dilemas, —se corrigió. Tomás Lucea sonrió. Hicieron venir a uno de los laboratoristas.

—Lo mínimo que necesito es una quinta parte —dijo examinando el tubo a trasluz. “Me quedan cuatro quintos para mi hija”, pensó Garrido, “quizás alcance”. Tomás Lucea insistió al laboratorista.

—¿Solo eso, seguro?

—Con eso puedo averiguar todo lo necesario.

Garrido asintió mirando a Tomás Lucea y pensando: “Rompebolas, pero eficiente”. Se le agotaba la paciencia, su hija se agravaba.

En pocos días estuvieron todos los informes. Garrido los hojeó mientras Tomás Lucea le informaba:

—Es aceite de girasol.

—¿Nos mintió Irene?

Tomás Lucea hizo un gesto de interrogación y dijo:

—Químicamente es solo eso, pero en el laboratorio ocurrieron algunos hechos extraños. —Hizo una pausa, Garrido le dedicaba toda

su atención—: Se rajaban los tubos, no podían equilibrar las centrífugas, las temperaturas variaban solas.

—Variaciones físicas inexplicables —dijo Garrido.

—Han ocurrido, incluso a científicos importantes.

—Pauli —dijo Garrido.

Tomás Lucea sonrió.

—Bueno, eso ya era grotesco.

—Entonces no es solo aceite.

—Sí y no —contestó Tomás Lucea— algo le hicieron a ese aceite pero no lo vamos a averiguar en un laboratorio.

Garrido asintió.

Irene acudió a la cita en las oficinas que Garrido tenía en el pueblo.

—Gracias por venir tan rápido —dijo él— ¿sabés lo que está pasando con la sustancia?

Irene asintió.

—¿Es posible que Víctor haya hecho esto solo para jodernos? —Si se dio cuenta... sería una jugada genial —dijo Irene casi riendo, pero Garrido la miraba serio y ella recordó que se le estaba muriendo la hija. Iba a disculparse pero Garrido habló primero:

—Hay algo raro en ese aceite y no nos da la tecnología para averiguarlo.

—¿Qué puedo hacer?

—Necesitamos pistas.

—Víctor trabajaba solo, yo casi no lo veía.

—Pero lo conocías, pensá en algo que pudiera haber hecho.

—No tengo idea —insistió ella.

—Cerrar los ojos, imaginálo trabajando.

Irene inspiró profundo e imaginó a Víctor trabajando y le contó que lo veía reconcentrado, ajeno al mundo como cada vez que hacía algo complicado, yendo de un lado al otro de la mesada con tubos, pipetas, mirando por el microscopio, tiñendo preparados, filtrando sobrenadantes, haciendo anotaciones...

—¿Anotaciones, dónde?

—En el libro —contestó Irene como si fuera lo más natural.

—¿Qué libro?

—¡Ah, el manual!, el manual veterinario que renovaba cada tanto... tiene... es muy grueso y... trae muchas hojas en blanco adelante para hacer anotaciones, aunque no le gustaba mucho escribir ahí porque viene impreso en papel biblia.

—¿Papel biblia? —preguntó Garrido conteniendo su irritación.

—Sí, porque es un libro muy...

—Ya sé para qué se usa —la interrumpió Garrido, y siguió— ¿no les enseñé la importancia de la palabra, no te pareció importante la palabra biblia?

Irene estaba como petrificada, con la boca abierta. Garrido se tapó la cara, luego frotó con fuerza el pelo como si intentara sacarse algo de la cabeza.

—Yo no sé dónde está ese libro, cuando compraba la última edición —siguió ella— tiraba la anterior. —Garrido miraba al piso negando con la cabeza. Irene siguió—: El último lo recibí un par de días después de la muerte de Rita, era de tapas rojas.

—¿Era el que tenía en uso al momento de sintetizar la sustancia? —preguntó Garrido como si esa conversación lo hubiera agotado completamente.

—Sí —dijo Irene sin atreverse a agregar más nada.

La secretaria hizo pasar a Tomás Lucea. Irene se alegró. Ese tipo no le gustaba, no era del pueblo, se comportaba muy raro y estaba demasiado cerca de Garrido, pero ahora cualquier cosa que le pudiera sacar un poco la atención de encima, le venía bien. Garrido lo puso al tanto. Tomás Lucea recordó que durante mucho tiempo habían estado entrando en la casa del veterinario, desordenando, rompiendo sus cosas.

—Era el peoncito que andaba con Fer —terminó Tomás Lucea. Garrido asintió.

—Usted vaya a hablar con Ramiro de mi parte, yo reviso todo lo que haya quedado de Fer.

Tomás Lucea miró a Irene y le hizo señas de que salieran.

Ella había sacado un papel y dudó. Garrido preguntó:

—¿Y eso?

—Unas palabras que anoté cuando Víctor me dio el frasquito, para acordarme de lo que dijo.

Garrido estiró el cogote y fijó su vista en el papel, luego miró a Tomás Lucea, que agarrando el papel dijo:

—Sí, le había comentado, son solo palabras clave para reconstruir un discurso.

—¿Solo palabras clave? —dijo Garrido como si no pudiera creer lo que Tomás Lucea acababa de decir, y se quedó esperando.

Tomás Lucea desdobló el papel y leyó:

—Dosis curativa total-partición-catalizador-enzima-una vez.

—Eso no fue lo que usted me dijo —dijo Garrido, mirando a Tomás Lucea con furia.

—¿A qué se refiere?

—Usted dijo la palabra ‘fraccionar’, no ‘partición’.

—¿Y eso qué importa? —interrumpió Irene, pero se espantó al ver a Tomás Lucea y a Garrido con cara de haber chupado todos los limones del mundo. Luego dijo como para ella—: Partición, participación, participar a Víctor. —Miró a los dos hombres y agregó—: No lo puedo creer.

Tomás Lucea negaba con la cabeza y repetía:

—Qué boludo, qué boludo.

XXVIII

Se asustó un poco Ramiro cuando Tomás Lucea lo fue a buscar, pero no tenía razones. Le contó que con Fer habían estado molestando a Víctor todo lo posible. Fer le pinchaba las gomas de la camioneta

y él entraba a la casa para revolverle todo. Le dio a entender que Fer desde la muerte de su madre estaba obsesionado con el veterinario, que quería joderlo a toda costa, matarlo si fuera posible. Tomás Lucea sabía que cuando Víctor fue asesinado Fer estaba muerto y Ramiro en la cárcel. Ramiro quería ayudar a Garrido en todo lo que pudiera, así que soltaba la lengua sin problemas. Le aseguró que no se había llevado nada y que no había tocado ningún libro.

—¿Algo más? —preguntó Tomás Lucea.

Ramiro contestó con seguridad.

—Eso es todo.

Tomás Lucea negó con la cabeza.

—Siempre hay algo más.

Ramiro se quedó callado. Había bajado la cabeza y miraba a Tomás Lucea como si de pronto se hubiera convertido en un peligro. Tomás Lucea se fastidió un poco.

—No me hagas perder el tiempo, es para el señor Garrido. Ramiro se tomó unos minutos antes de seguir, los necesitaba para aflojarse.

—Intentamos matarlo.

—¿Qué?

—Al veterinario, intentamos matarlo.

Tomás Lucea se reclinó hacia atrás e hizo un gesto circular con la mano que claramente quería decir “desenrollá”. Ramiro se quitó la boina y miró en derredor. Luego le contó en voz baja que lo habían seguido hasta la Capital, que lo controlaban, que le tendieron una celada en un zaguán, que Fer había insistido en hacerlo personalmente, que lo hirió y pensaron que no se salvaría pero que allí Fer había perdido su faca.

—¿Se la quedó el veterinario?

—Por segunda vez.

—¿Cómo es eso?

—La primera lo quise achurar en su casa de acá, pero me la quitó y la recuperé otra vez que entré...

—Me dijiste que no te habías llevado nada —le recriminó Tomás Lucea.

—Nada que no fuera mío.

Tomás Lucea de pronto recordó que hablaba con un peón de vocabulario limitado que por su juventud no conocía de la importancia del decir. Le sonrió para hacerle ver que todo estaba bien y dijo:

—Cuando mataron a Fer la faca la tenía el veterinario.

—Sí, lo mató ese hijo de puta.

—¿Y al veterinario quién lo mató?

—Le juro que no sé —contestó Ramiro y agregó—: Si lo supiera, le daría las gracias.

Tomás Lucea asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Algo más?

Ramiro iba a decir que no, pero recordó que siempre hay algo más:

—Una vez Fer le hizo un tiritito por la ventana. —Tomás Lucea sonrió y Ramiro siguió—: Con un fusil del padastro, solo para asustarlo. Después me sorprendió una noche adentro y me recagó a tiros, todavía me zumban los oídos.

Tomás Lucea apenas podía contener la risa.

—Le voy a decir al señor Garrido que ayudaste mucho pero vamos a dejarlo acá, esto se está convirtiendo en una novela.

—Una cosa más —dijo Ramiro cuando Tomás Lucea se alejaba— unas chicas me contaron que el fiscal fue a la exposición que hicieron en la casa del veterinario y se robó un libro.

—¿Seguro?

—Ellas lo vieron, seguro.

“Por fin”, pensó Tomás Lucea y caminó hacia Ramiro. —¿De qué color eran las tapas? —No sé.

—¿Rojas?

Ramiro hizo un gesto de tristeza.

—No sé.

—¿Y las chicas esas...? —empezó Tomás Lucea luego de pensar

unos momentos, pero el gesto de Ramiro había cambiado y se dio cuenta de que hasta ahí habían llegado.

XXIX

Lo levantaron por la fuerza en la calle, lo encapucharon y viajó acostado atrás con una bota aplastándole la cara. Lo arrastraron y lo ataron sentado. Cuando le sacaron la capucha reconoció el galpón donde se había entrevistado con Garrido. Dos extraños lo miraban de lejos. Vino Tomás Lucea y dijo:

—¿Me conoce?

El ex fiscal asintió, todavía le molestaba la luz. —Necesitamos saber algo —le dijo— pero no alcanza con que nos diga la verdad, tenemos que poder confirmarla objetivamente, si no, vamos a tener que utilizar métodos irreversibles.

Aturdido, el ex fiscal no contestó y Tomás Lucea preguntó:

—¿Tiene algún libro del veterinario?

El ex fiscal sonrió, todo esto le parecía grotesco, no hubiera querido decirle nada pero no iba a hacerse el duro por semejante pavada.

—Sí, un manual viejo, muy maltratado, el veterinario me lo dio, lo iba a tirar.

—Me interesa el otro.

—¿El de tapas rojas?

—Sí, sí, ése.

—Me dio el viejo porque iba a empezar a usar el otro. —¿Para qué quería usted ese libro? El ex fiscal suspiró:

—No lo va a creer.

—No tiene alternativa.

—Bueno, estaba muy hecho mierda... el libro digo, lo iba a tirar a la basura así como así.

—¿Y?

—Yo... recupero libros viejos, los guardo, no sé cómo explicarle.

Tomás Lucea asintió:

—Entiendo, si hasta parece que va a zafar.

El ex fiscal se quedó mirándolo, Tomás Lucea esperaba algo más:

—Lo quemé, hice un fuego en la parrilla y lo quemé. —¿Y el otro?

—También. —Tomás Lucea negó con la cabeza, el ex fiscal agregó—: Me lo afané luego de la muerte del veterinario, me cobraron entrada a la casa pero el guardia era muy distraído.

Tomás Lucea se dio vuelta, no quería que le adivinara el enojo. Era la segunda vez que se equivocaba. Él había insistido para convertir la casa en una atracción turística, le había parecido una buena maniobra de distracción. Recuperado, se dio vuelta y le dijo:

—No me sirve, no lo puedo comprobar.

—Es lo que hay.

Tomás Lucea caminó alrededor unos minutos, luego se acercó al ex fiscal y le dijo:

—Es una cuestión de vida o muerte, en serio. El ex fiscal sonrió por primera vez y dijo: —Mala leche.

Tomás Lucea comenzó a comportarse como un profesor ante sus alumnos, y le explicó que sus colaboradores eran de la opinión de meterle un fierro al rojo por el culo, pero que él iba a hacerle respirar unos vapores. Le explicó que los chamanes siberianos y sudamericanos usan alucinógenos con fines iniciáticos pero que estos se usaban con fines terminales. Que se decía que en la actualidad solo una persona en el mundo había vuelto de semejante prueba. Tomó un pequeño recipiente con un carboncito encendido.

—¿Alguna vez quemó incienso?, esto es parecido. —Sacó una pizca de grumos negros y la sostuvo sobre el carbón.— El cerebro funciona por asociaciones —explicó— miles para la percepción más simple, millones para los sentimientos. Todo va a seguir funcionando a la perfección, pero las sinapsis asociativas se van a desconectar juntas, todas, de inmediato. Eso no implica daño cerebral, solo ausencia. Van

a pasar treinta o cuarenta segundos en que me va a contestar en forma directa las siguientes preguntas...

—No voy a contestar nada.

—...si quemó el manual de tapas rojas; si sabe quien mató al veterinario; si sabe quien mató a Rita. —Hizo una pausa y siguió—: Si para contestar una de estas preguntas necesita más de diez palabras, déjela y pase a la siguiente.

Los otros hombres se fueron, Tomás Lucea se puso una máscara antigás y comenzó a quemar los grumos. El ex fiscal contuvo la respiración y cabeceó de lado a lado. Bajo la máscara Tomás Lucea sonreía.

Encontraron al ex fiscal horas después en otro pueblo, caminando como un autómata. No respondía. Tomaba agua y comía si se lo introducían en la boca. No fijaba su mirada en nada. No pudieron encontrarle enfermedades o lesiones. Tuvo una crisis, dijeron unos, un colapso nervioso, dijeron también, un surmenage. Pronto fue olvidado, en el país estaban pasando cosas graves.

XXX

Desde que le llegara una citación para declarar, Ramiro andaba escondiéndose como animal en el monte. No era necesario pero no lo sabía. No quería volver a la cárcel. Se arrimaba por las noches en busca de comida a las casas. Le averiguaron dónde vivía Cerace y a qué hora llegaba. Al primer intento lo embocó. Lo obligó a mirarlo a los ojos con la faca en la garganta

—Déjeme tranquilo, yo no tengo nada que ver.

Cerace no podía hacer el mínimo gesto ni hablar, un poco de sangre corría por la hoja.

—Te voy a degollar como un chanco si te metés conmigo —dijo Ramiro antes de irse.

Cerace cayó al piso agarrándose la garganta. Trató de pedir ayuda pero no pasaba nadie. Aunque no estaba herido de gravedad, no podía pararse. Se había meado encima sin darse cuenta. Pasó más de una hora llorando, acurrucado contra la pared, hasta que recordó que llevaba un celular. No fue a la fiscalía por una semana. Gripe, dijeron.

Tampoco trabajó la semana siguiente. Hizo su valija, redactó su renuncia e iba a salir para la Capital cuando la secretaria de la Fiscalía lo llamó urgente. Fue por curiosidad, ya no le importaba. Se encontró con un hombre agobiado, que no figuraba en el expediente. Éste le contó que había sido amante de Fer y luego de su madre, Rita. Que Fer se había enterado y enloquecido de furia. Que no era la primera vez que pasaba algo así entre ellos. Que yendo a ver a Rita se cruzó con Fer y al entrar la encontró muerta. Que no quería exponerse pero ya no aguantaba más.

—¿Se da cuenta de que su silencio causó otras muertes? —preguntó Cerace.

—Qué desastre... qué desastre —repetía el pobre tipo. Cerace le tomó declaración, confirmó algunos datos y lo puso a disposición del juez. Todo en el mismo día. De pronto el caso se resolvía y sus problemas y dudas desaparecían. Esto le daría gran prestigio, podría llegar a juez en tiempo récord y salir de ese nido de ratas por la puerta grande. Una victoria total, en la que no tenía mérito. “Es como en el fútbol —razonó— lo que importa es el resultado”. Y él acababa de ganar con un gol de último minuto.

XXXI

La hija de Garrido murió en un hospital de la Capital. Cuando Garrido volvió, se reunió con Tomás Lucea que lo puso al tanto del interrogatorio y luego propuso:

—Tendríamos que hablar del nuevo fiscal.

—No es necesario. —Tomás Lucea asintió, Garrido agregó—: Usted se va del pueblo.

—¿Ahora?

—Ahá.

—Se estaba poniendo interesante —dijo Tomás Lucea. —Sí, pero usted no es de acá, su presencia tanto tiempo no se justifica, no está implicado en nada y además se están empezando a notar los hilos —terminó imitando con los dedos el manejo de una marioneta.

—Tiene razón, como siempre —aceptó de mala gana Tomás Lucea y recibió instrucciones para cerrar la exposición en la casa del veterinario y limitar las actividades de la Fundación en la Capital a las mínimas. Tomás Lucea se quedó como esperando que Garrido dijera algo más. Él miró en torno y citó:

—Hay cosas de la seriedad de la vida que podemos aprenderlas de charlatanes y bandidos, hay filosofías que nos son suministradas por imbéciles, hay lecciones de firmeza y de ley que provienen del acaso y de los nudos que hilvanan el acaso. Todo está en todo.

—Eso se lo tendría que decir yo a usted.

—¿Leyó a Pessoa? —preguntó Garrido y luego de unos segundos señaló la puerta con la cabeza.

Saliendo, Tomás Lucea contuvo una puteada.

“¿Y ahora qué?”, pensó Irene cuando vio bajar del coche a Tomás Lucea. Esperó a que tocara el timbre.

—Me voy —le dijo sonriendo en cuanto ella le abrió— no tengo más nada que hacer aquí.

Irene le habló de otra cosa, como si no hubiera escuchado o no le importara:

—La substancia se perdió para siempre.

—Para siempre, para siempre... solo se perdió. —Hizo una pausa incómoda, raro en él y siguió—: Averigüé otras cosas, no se supone que te diga.

Ella hizo un gesto con las manos como diciendo “hacela corta”.

—Fue el fiscal.

—¿El fiscal?

“No es posible”, pensó primero, luego recordó que había ido al entierro sin ninguna razón y su reacción cuando le confesó el asesinato de Rita, pero todavía no le cerraba. Tomás Lucea le dijo:

—No hay dudas, lo dijo con los grumos negros. —Luego agregó—: Fue por la frustración de perder el puesto y el prestigio, que un veterinario lo pasara como poste y se la llevara de arriba, no vale la pena hacerle nada —terminó.

—Seguramente sabía algo más.

—Nada más —mintió Tomás Lucea y agregó—: Esto muere conmigo.

“Seguro”, pensó Irene.

Se dieron las gracias mutuamente y se despidieron. Ya estaba oscuro. Tomás Lucea manejaba rápido y con seguridad. Estaba un poco triste pero Garrido tenía razón. Hacía mucho que no veía a su hijo, tenía que controlar de cerca a Tomasito. Ya lo habían echado de tres colegios y lo había puesto a trabajar en la Fundación. El pendejo era un tiro al aire pero se daba cuenta de que la Fundación encubría otras actividades. Le había dicho que quería entrar, insinuando que no le molestaba que fueran de la mafia, recordaba Tomás Lucea riendo. Iba a tener más tiempo para estar con él. A un hijo no se lo puede encauzar por la fuerza. En un rato llegaría a casa, estaba impaciente.

Llegando a Buenos Aires el auto de Tomás Lucea se salió de la autopista. Se mató. En el pueblo se enteraron al otro día, Irene fue la única que no se sorprendió. Garrido fue a verla.

—Pasaste todos los límites.

—Le juro que yo no fui.

—Demasiada coincidencia.

—A usted le corté los frenos porque pensaba que había hecho matar a Víctor.

—¿Cambiate de idea?

—Tomás Lucea me contó.

—¡Qué!

—De salida del pueblo pasó por acá, creí que usted lo había mandado.

—Cometimos muchos errores vos y yo, pero Tomás Lucea cometió uno más —Garrido fue directo—. ¿Sabías que había sido el fiscal cuando le hiciste la falsa confesión?

Irene negó con la cabeza.

—Pensé que se iba a sentir desafiado e investigaría por su cuenta.

—Te salió mejor que eso, te sale bien matar —dijo Garrido yendo hacia la puerta.

—Tomás Lucea se mató solo, me habló de llevarse lo que sabía a su tumba justo antes de salir de viaje. —Se quedó viendo si convencía a Garrido y siguió—: Usted sabe mejor que nadie que no hay que dejar a las palabras zanjar nuestros destinos.

Garrido no disimulaba su cansancio.

—Es lógico que una mujer sea más despiadada que cualquier hombre pero vos sos especial, siendo amoral tu ética es inquebrantable.

—Soy mi estilo —aceptó Irene.

—Matar es un signo de debilidad y falta de control —terminó Garrido.

Irene siempre había estado segura y las recriminaciones de Garrido la reafirmaban. Quién hubiera dicho que lo iba a ver en ese estado, viniendo hasta ella para gimotear boludeces, involucionando. Garrido ya no escuchaba ni miraba. La palabra “partición” en la nota le había llamado la atención pero no la habían descubierto. A ella se le había escapado y delataba que había inventado la nota, que el frasquito con aceite era solo eso, todos inventos de ella para que la muerte de Víctor no quedara impune, herramientas de su accionar. Las manifestaciones paranormales en el laboratorio las habían aportado las expectativas de los mismos investigadores. No era culpa ni venganza. Ella había invertido su tiempo, sus sentimientos y hasta su cuerpo en Víctor. Nadie

tenía derecho a matarlo sin su permiso, menos que menos alguien de afuera. Garrido y Tomás Lucea, alumbradas sus vanidades, se encandilaron como Víctor. No tenían derecho a ser tan estúpidos, unos eran sustantivo, otros verbo. A Garrido se le había escapado la tortuga, pero todavía le podía caer la ficha... Antes le hubiera reconocido su brillante operatoria, su paciencia, su precisión. A sus ojos, Garrido se había convertido en un miserable más.

El pibe más chico de Irene, tenía ocho años. Empezó a tener sueños que no lo atemorizaban pero interrumpían su descanso. Iba a la habitación de su mamá a cualquier hora de la noche para contarle lo que su papá le decía. Era siempre lo mismo. “Cuidado con el viejo”, nada más.

XXXII

Garrido sospechaba quién había matado a Rita y creía que Irene había matado a Tomás Lucea. No se molestó en disipar ninguna sospecha en torno a él. Se sentía culpable, nunca hubiera podido contener a Rita y de haber podido no lo hubiera hecho. El precio de cambiarla hubiera sido el mismo que el de perderla. En cuanto a Fer, no le había dado ninguna oportunidad, venía adosado a Rita y así lo tomó. Si hubiera hecho un intento de acercamiento, de comprensión, quizás Fer estaría haciendo su vida. En el peor de los casos, hubiera podido anticiparlo. Hizo lo más cómodo y es raro que de ello resulte algo bueno. Muy lejos del “no hacer” que con tanto éxito había sabido practicar. Estaba nublado. Le pidió el auto a un empleado y fue hasta la estación abandonada de trenes. Bajo la galería encontró al linyera del pueblo que había improvisado una fogata en el antiguo andén.

—No soy muy difícil de encontrar —dijo sin mirarlo cuando Garrido se aproximó.

—En un pueblo sólo hay lugar para un linyera, un loco y un millonario.

—Nos falta uno, nene.

—Linyera de mierda —dijo Garrido.

—Hubo un tiempo en que me llamabas maestro.

—Hasta que aprendí —dijo Garrido sentándose frente al fuego del lado opuesto al linyera, y siguió—: Mi tiempo pasó, tengo que salir.

No hubo respuesta. Luego de un rato dijo:

—Vidas vacías, las de los que no hacen nada y los que sí, las de los que no buscan y los que sí, las de los que no intentan y los que sí, estoy desencantado.

—Por fin —dijo el linyera.

—Cometí demasiados errores.

—Vaya a saber uno.

—Voy a necesitar ayuda —dijo Garrido y sacó el estuche. Lo abrió mostrándole la cinta al linyera que fingió un asombro payasesco—. El último que lo usó era un receptivo —le contó Garrido— que obtuvo un logro maravilloso. No quiero que se pierda, terminó.

El linyera pensó un rato y dijo:

—El proceso en un hombre de tu formación se va a acelerar de semanas a minutos, además es posible que no puedas interpretar lo que veas.

—Corro el riesgo, para eso vine.

Garrido volvió al pueblo, dejó dicho que se iba de caza, preparó algunas cosas en una mochila y volvió a la estación. Se sentó nuevamente ante el linyera y su fuego y se puso la cinta. Ésta comenzó a encarnársele en la muñeca hasta perderse de vista y más allá hasta el hueso. Entró en trance. Sabía a qué iba a atarse para no perderse en ensueños inútiles y estaba dispuesto a un esfuerzo sobrehumano para no dormirse. Fue directamente al conocimiento de la sustancia y esta trajo la imagen borrosa de un hombre. Comenzó a ver pequeños puntos apareciendo y desapareciendo millones de veces por segundo. La imagen de Víctor se fue configurando y le señaló con la palma abierta

hacia un sector. Se concentró en él hasta notar una densidad mayor de puntos y en ella vio armonía. Víctor señalaba pequeñas zonas. Si retenía en su memoria las millones de variaciones para juntarlas en un momento, tenía ante sí una forma. Sintió la voz de Víctor:

—Ciclo pentano perhidro fenantreno, doble enlace, oxhidrilos.

Víctor señaló un lugar en la periferia de la forma, era su logro, un torbellino minúsculo de puntos anexado a uno de los extremos. La voz de Víctor daba explicaciones físicas, químicas, teológicas. Él no entendía, no entendería nunca, no tenía la punta del hilo. Podía verlo y comprender sin hacer abstracciones, y así solo le quedaba admirar. No se llevaría nada. Cada vez apreciaba con más nitidez la perfección, hasta que le empezaron a correr las lágrimas. Se vio a sí mismo sentado frente al fuego riendo y vio a Víctor ante la forma riendo. Y sintió que era uno y otro y todo. De pronto Garrido abrió los ojos y estuvo otra vez en la estación ante la fogata. El linyera sostenía un hacha. Por arriba de la muñeca un torniquete de alambre impedía la hemorragia. Su mano estaba en el piso. Garrido miró al linyera, y dijo:

—Puedo ser uno con el dolor.

—Ahora, pero hace unos segundos estabas perdido. —Lo perdido se perdió —dijo Garrido— estamos solos. —No estamos, somos —dijo el linyera mientras con sus dedos mugrosos raspaba el hueso de la mano amputada para sacar la cinta. La limpió, la guardó en el estuche y trajo los grumos negros.

—Seguimos.

—Seguimos.

Garrido aspiró varias veces y despertó al amanecer de un día oscurecido por nubes de tormenta. Quedaban brasas ante él y en ellas las cenizas de su mano.

—Volviste —dijo el linyera.

Garrido se tomó su tiempo.

—No era para tanto.

—Para la mayoría es imposible pero tenés razón, no era para tanto.

—Sin observador ni observado fui Uno.

El linyera se encogió de hombros, como diciendo “qué importa”.

—No tengo más nada que hacer.

—Te podrías bañar, estás hecho un asco —dijo el linyera. Garrido estaba sudado, meado, cagado y llorado, con un muñón de hachazo y los ojos hinchados de cansancio. El linyera le dio agua y se rió:

—No estás para levantes.

Amanecer oscuro. El farol frente a su casa apagado. Llegando a la puerta Irene salió del umbral. Guantes de cirugía empuñando un revólver. El fogonazo los iluminó. Lo último que vio Garrido fue el asombro de Irene ante su aspecto. Lo último que vio Irene de Garrido fue el asombro del asombro. Tiró el revólver sobre el cadáver y se llevó los guantes para quemarlos.

XXXIII

El revuelo fue nacional. Trascendió hasta en el exterior. Se decía que habían secuestrado a Garrido, que lo habían torturado, que le habían cortado una mano como prueba para pedir rescate, que aun así se había escapado y lo habían perseguido hasta su casa donde lo habían matado. Eran las sabias deducciones de los investigadores. Estaban ante algo grave, se decían los unos a los otros. El fiscal Cerace no podía creer en su mala suerte, tenía menos tranquilidad en este pueblo que en una villa miseria del conurbano. Le mandaron ayuda sin que la pidiera y lo presionaron del Ministerio. Tuvo suerte, el revólver estaba registrado a nombre del veterinario. Irene declaró que había quedado en la casa que había sido de Víctor, que ya lo habían robado una vez. De todo ello había constancias. Sabían que Ramiro lo había hecho antes. Fueron a la casa del veterinario, encontraron la ventana abierta y un revoltijo. Cerace libró orden de captura contra Ramiro. No lo encontraban aunque lo sabían en los campos cercanos. Organizaron batidas, pero Ramiro

era muy escurridizo. Un anochecer le hicieron varios disparos antes de perderlo. Luego no lo volvieron a ver nunca más. Su padre lo enterró profundo en lo más enmarañado del monte de la luz mala. Sobre el túmulo sin marca esparció bosta de vaca y en las entradas del monte kilos de pimienta molida. Al segundo intento los perros no querían ni arriarse. Pasaron los meses y el crimen quedó impune y quedó también la sensación de que era solo un eslabón en una cadena. Se descubrió que el supuesto asesino de Rita era un enfermo psiquiátrico que al momento del crimen estaba internado y que venía confesando todo crimen que trascendiera por la televisión y los diarios durante décadas. Cerace perdió el apoyo de sus superiores y renunció. Su carrera en la función pública estaba terminada. No se fue triste, solo le interesaba irse.

Las apariciones de la luz mala se incrementaron en el monte. Ya no espantaban al padre de Ramiro que vuelta a vuelta se internaba con decisión, como lo había visto hacer antes al veterinario. Y era casi seguro que podía verla fugazmente cuando sacaba su faca para escuchar el filo. A veces le parecía oír el filo de Ramiro.

Llegó un nuevo fiscal al pueblo, arrastrando los pies que impulsaban su cuerpo deforme por la gordura, jadeando con la boca abierta ante el menor esfuerzo, empapado por el sudor. La tercera es la vencida, dijeron algunos. El fiscal Cattáneo era mayor que los otros, un hombre que tenía más de veinte años en la Justicia y al que habían ascendido para obligarlo a venir. No le interesaba su carrera, ni la fama, ni la fortuna. Su principal filosofía era el “no me jodan” y siempre hacía lo mínimo que se requería. No le preocupaba resolver los casos anteriores. Si aparecía algo bien y si no también. Se había mudado con su mujer y sus dos hijos. Ella era fea, flaca enfermiza y alcohólica. Apagaba la luz para subírsela encima. Los chicos eran obesos y estaban lejos de ser inteligentes, como él. No tenía de qué quejarse. Consideraba que sobrevivir era su éxito. “Hago lo que quiero, porque quiero lo que puedo”, le decía siempre al espantajo de su mujer al empomársela.

XXXIV

El grupo de Garrido se disolvió espontáneamente. No fue necesario acto ni símbolo. Se encontraron uno por uno y coincidieron. Había sido duro para todos ser extranjeros en el mundo del que habían surgido y ahora quedaban aislados. Muy temprano, Irene fue a ver al linyera. Lo encontró en la estación sentado contra una pared descascarada. Ella no lo conocía más que de vista. De niña había escuchado a Garrido referirse a él con admiración. Se paró a su lado apoyándose contra la pared.

—Sentate —invitó el linyera. Aunque él no la miraba, ella negó con la cabeza.

—Tardaste —dijo el linyera. Aunque él no la miraba, ella asintió con la cabeza.

—Sos peor que una yarará —dijo el linyera. Ella sonrió. —Cuando la gente siente afecto por alguien, suele creer que es mutuo —dijo el linyera. Ella no contestó. En las copas de los inmensos árboles, el estruendo de miles de pájaros.

—Qué quilombo —dijo el linyera. Ella alzó las cejas.

—Es increíble lo que pueden cagar miles de pájaros —dijo el linyera. Ella volvió a alzar las cejas.

—Me vas a matar —dijo el linyera. Ella sonrió. Oyeron juntos a las aves largo rato, luego ella le dio la espalda y se fue. “Precioso”, pensó el linyera.

XXXV

Se hizo la sucesión por el campo de Víctor que era exclusivamente para sus hijos. No lo necesitaban pero Irene quería liquidar todo lo que le hubiera pertenecido. Se vendió rápido. Lo compró un apoderado de la Fundación para estudios Extraterrestres al que todos decían

Tomasito, el hijo de Tomás Lucea. Tomasito también compró la casa que había ocupado Víctor en el pueblo y allí reabrió la exposición. Cuando Irene se dio cuenta, era tarde. En el campo Tomasito armó una estructura para recibir visitantes, con amplio estacionamiento y un restaurante. Comenzaron a avistarse extraños objetos en el cielo, y un lugareño tuvo un encuentro con un ser que no era de este mundo. El monte de la luz mala estaba cerca y también lo compró la Fundación. Cada tanto sacaban una nota por la televisión y el negocio fue redondo. Los fines de semana circulaban cientos de autos y miles de extraños. Irene hizo averiguaciones: Tomasito trabajaba en la Fundación hacía unos años, le interesaba solo la plata, sabía muy poco de las actividades de su padre y no parecía ser rival para ella. Se propuso conocerlo y se le apareció sin previo aviso en la casa.

—¿Sos hijo de Tomás Lucea?

—Sí —contestó Tomasito.

—Soy Irene, una amiga de tu papá —dijo ella dándole un beso en la mejilla— me hizo varios favores y yo a él.

—Mucho gusto señora.

—Irene, y no parece muy serio lo que estás haciendo aquí.

—No cree en los extraterrestres.

—Digamos que son muy considerados con tus negocios.

—En este pueblo pasan cosas muy raras.

Irene le dio otro beso y se despidió.

—Tenemos que juntarnos a cenar, vos y tu señora...

—Cuando quiera, cuando quiera —dijo Tomasito sin soltar información. “Perdí el tiempo con un pelotudo”, pensaba fastidiada Irene, yendo para su casa.

El padre de Ramiro sabía que Garrido había ayudado a su hijo, sabía que Irene le había tirado a la policía encima, y sabía que su hijo era ajeno al crimen de Garrido. Solo existe la justicia que uno puede darse a sí mismo, pensaba. La otra estaba al servicio de los que mandan, no era para él, no le servía. Ojo por ojo, diente por diente, esa era la única

justicia. Irene había provocado la muerte de su hijo, tenía que pagar con un hijo de ella. Esperaba una oportunidad. Si tomaba la iniciativa, esta mujer lo iba a destrozar enseguida. Si se acercaba en silencio quizás coincidieran un momento y un lugar para saldar cuentas. Escuchando el filo de Ramiro en el monte de la luz mala, había encontrado un objetivo para su vida. Su hijo siempre se había jugado a fondo por lo que quería. El hijo le enseña al padre, pensó. Robó una vaca de una estancia y atravesó de noche varios campos cortando y recomponiendo alambrados. En el monte de la luz mala mató a la vaca y la vació, haciéndole cortes que imitaban mutilaciones atribuidas a estudios que hacían seres de otros planetas. Comentó el hallazgo y se corrió la voz. Identificaron las marcas de propiedad y resultó inexplicable que esa vaca hubiera aparecido allí. Se enteró Tomasito y se enteró también de que para el padre de Ramiro esas eran cosas de todos los días. Lo mandó llamar y lo contrató para encontrar animales extrañamente mutilados y como guía de los turistas en el monte. Trabajaba mucho menos, ganaba más y se acercaba.

XXXVI

Los pueblos de provincia son todos muy parecidos: una plaza central y a cada lado la iglesia, el municipio, la comisaría y una sucursal del Banco Nación. En el medio de la plaza apareció un cadáver en sus últimos estadios de descomposición. Se armó otro revuelo en el pueblo, que ya era famoso en todo el país. La osamenta despojada resultaba irreconocible y era claro que había sido desenterrada. Tenía puesta una medallita de la Virgen de Luján con una cadenita de oro blanco. La madre de Ramiro la reconoció como la que le había dado a su hijo para la primera comunión. Igual sacaron ADN. Los padres estaban desconsolados. A Cattáneo le chupaba un huevo. Sabía que ese tal Ramiro estaba profugado de la Justicia, que probablemente había sido herido en una batida y que había desaparecido durante más de un año. No le debía justicia

ni a él ni a los padres. En cuanto al desafío de tirarle un cadáver allí, le parecía más bien divertido. Lo llamaban de la Capital para exigirle resultados. Él se les reía en el teléfono. “Si me van a cagar igual”, decía. De todas formas las cosas se hicieron como correspondían, más por inercia que por celo. El pueblo y sus “fuerzas vivas” habían acumulado mucha experiencia en crímenes. No pudieron establecer la causa de la muerte. La Fundación trató de llevar agua para su molino y si bien no tuvo éxito igual se benefició con el nuevo enigma y la atención mediática.

En tal despelote, Cattáneo decidió tirarse un lance y citó al padre de Ramiro en su oficina. Se quedó duro el padre de Ramiro ante la propuesta de que declarara que Ramiro le había confesado el asesinato de Fer.

—No le hace daño a nadie y así me anoto un poroto —dijo Cattáneo, pasándose por la cara un pañuelo empapado. El padre de Ramiro no reaccionaba. Cattáneo comenzó a recitar unos versos del Martín Fierro entre jadeos—: Hacéte amigo del juez, no le des de qué quejarse, que siempre es bueno tener, palenque ande ir a rascarse —terminó con una risita, y aclaró—: También es bueno hacerse amigo del fiscal, le voy a deber un favor.

El padre de Ramiro acariciaba el cabo de su faca en la cintura y miraba con ganas el vientre inflado de Cattáneo. Se contuvo y le pidió un par de minutos. Era verdad que no le hacía daño a nadie y que el fiscal le debería un favor de dudosa correspondencia, pero había algo más. Lo pensó, lo pensó hasta que le dolió y luego imaginó a su hijo escuchando el filo y asintiendo. Miró a Cattáneo que había sacado un inmenso sándwich de salame y queso y luego de acumular varias mordidas intentaba masticarlas, y le manifestó sus dudas. Cattáneo se puso eufórico:

—Bien, muy bien —decía

Luego le explicó que ese era el primer paso, que luego necesitarían armar una historia para que su esposa declarara que Ramiro le había confesado el asesinato de Garrido antes de morir. Se quedó esperando la reacción del padre de Ramiro, y como tardaba no pudo evitar pegar-

le varios mordiscos al sándwich. No hubo recriminaciones, ni ofensas, ni amenazas, solo una pregunta:

—¿No nos complicaría ante la Justicia?

Cattáneo negó enfático con la cabeza y emitió un:

—Mmmm.

—Tá —dijo el padre de Ramiro. Cattáneo terminó de tragar y sin soltar el sándwich le dictó a la secretaria la declaración, el padre de Ramiro la firmó y uno de los crímenes quedó resuelto. Como se sospechara desde un principio, el crimen de Fer había sido pasional, cosa de maricas. Cattáneo obtuvo su primer triunfo profesional, el reconocimiento público, y la ambición comenzó a crecerle como un tumor maligno.

El padre de Ramiro apretó los dientes y calló. Estaba dolido pero conforme. No era la primera vez que buscaba en su mente el consejo de su hijo. Así había determinado desenterrar sus restos y arrojarlos en la plaza. Ahora que veía el porqué, se sentía más fuerte. Muy de lejos, empezó a acechar a los hijos de Irene. Un primogénito por otro, pensaba. Lo secuestraría para enterrarlo en el monte de la luz mala, en el mismo pozo que había ocupado Ramiro. Esperó el momento oportuno, lo siguió y cuando lo tuvo a su merced sin que siquiera se diera cuenta de su presencia, no pudo. Imaginó nuevamente a Ramiro que esta vez escuchaba el filo y negaba con la cabeza. “Un primogénito por otro”, dijo el padre de Ramiro. Y su hijo asintió. Se quedó desconcertado, no lograba interpretar el mensaje. Mientras tanto, el hijo menor de Irene seguía soñando con su papá y todas las noches la despertaba con la misma frase “Cuidado con el viejo”. Me estoy dejando estar, concluyó Irene.

XXXVII

Al amanecer, Irene fue hasta la estación. Llevaba su pistola. Encontró al linyera donde siempre. Vestía sus harapos inmaculadamente

limpios, se había rapado y afeitado. Caminó hasta él y como antes se apoyó contra la pared a su lado. El linyera no le habló ni la miró. Calentaba café en una lata de tomates. Ella le contó el sueño recurrente de su hijo y al terminar el linyera preguntó:

—¿Tomaste tu decisión?

Ella estaba desorientada por la actitud del linyera y preguntó:

—¿Te vas a dejar matar así nomás?

—Así nomás, así nomás... tengo un propósito.

Irene sabía que preguntando no iba a llegar a ningún lado, que si pudiera hacer buenas preguntas, en ellas estaría la respuesta. Llevó la mano atrás y empuñó la pistola. El linyera dijo:

—Evidentemente el viejo no era Garrido.

Ella dejó la pistola donde estaba, se deslizó contra la pared hasta quedar en cuclillas y se tomó la cara con las manos. El linyera esperó un rato, luego le tendió el estuche con la cinta:

—Cuidado, es muy peligrosa.

—Ya sé —dijo Irene alejándose mareada.

—¿El viejo de quién puede querer joderte? —le gritó el linyera cuando ya estaba lejos. Ella se encogió de hombros sin darse vuelta. Mientras se alejaba, se dio cuenta.

“Qué mujer”, pensaba el linyera. La muerte le había pasado cerca. Tengo un propósito, recordó sonriendo que le había dicho mientras esperaba que la lata se enfriara para agarrarla. No lograba precisar cómo lo había interpretado Irene. Nadie con un propósito terminó su recorrido, lo que no significa que no lo puedan matar. Garrido había terminado adelantándosele. La cinta no quedaba en buenas manos, quedaba en las mejores. El desafío en esta tierra es no involucionar, pensaba, todo lo que está por debajo del hombre viene del hombre, por eso siempre seguirán buscando el eslabón perdido quienes tengan por finalidad buscar. Qué difícil no caer hacia la luz como bichos de Lucifer, siguió pensando, dejar de estar y ser, reconocer tiempo y espacio como uno. Comenzó a saborear su café recalentado que era todo lo que le quedaba

del mundo con la nostalgia del que se va por última vez.

Ese mismo día el mayor de los hijos de Irene se descompuso. Comenzaron a atenderlo en el hospital del pueblo, luego lo trasladaron a la Capital. Ella tenía casa allí también así que se llevó con ellos al más chico, que esa misma noche dejó de soñar su advertencia.

XXXVIII

El padre de Ramiro estaba desorientado. Abandonó su trabajo y se internó en el monte de la luz mala. Llevaba provisiones para quedarse unos días. Trataba de imaginar a Ramiro porque luego su imagen se volvía autónoma, entonces pasaba el dedo por el filo y si bien no le hablaba le hacía que sí o que no con la cabeza, siempre y cuando no preguntara demasiado. Pensó que junto a su tumba ahora vacía, sería más fácil. No fue así. Tuvo que esperar varios días, se le acabó la comida pero se resistía a volver. Cuando ya no podía más, Ramiro apareció. Él pensó nuevamente en matar al hijo mayor del veterinario. Ramiro negó. Él pensó: un primogénito por otro. Ramiro asintió. El gritó “¡Carajo, no entiendo nada!”. Ramiro lo ignoró. Comenzó a desesperar. Quería encontrar una respuesta antes de que su hijo se difuminara en la bruma del monte. Va a dejar de venir a mí, pensó. Ramiro asintió. Pensó que Irene le tenía que reponer un hijo, que la secuestraría para embarazarla. Menos nítida se adivinaba la imagen de Ramiro que negaba con la cabeza. Se avergonzó. Ramiro apuntó con su dedo índice a un costado de su propio cuerpo y al otro, cruzó los índices frente a su pecho y los separó enérgico. Lo señaló a él y desapareció. Pasaron dos días más y el padre de Ramiro tuvo que volverse. Su hijo le había querido decir algo, lo último. Buscó más provisiones y volvió al monte pero Ramiro ya no estaba. Hizo lo mismo varias veces, luego se rindió. Iba para a su casa cuando la policía lo interceptó. Lo subieron al patrullero y lo llevaron al

hospital. Allí se enteró de que los de la Fundación habían denunciado su desaparición. Llegó Tomasito exultante luego de dar notas a varios canales de televisión sobre la abducción de uno de los miembros de la Fundación. Le dio instrucciones para decir vaguedades con la excusa de la pérdida de la memoria y la confusión. El padre de Ramiro no entendía mucho pero aparentemente Tomasito le iba a pagar el mes que no había trabajado más una comisión importante, porque con su desaparición se habían incrementado los ingresos. Le siguió el juego. Días después se enteró de que Irene se había ido del pueblo con sus hijos. Nadie sabía adónde. El padre de Ramiro recurrió a Cattáneo. Él averiguó que Irene estaba en la Capital con sus hijos, que el mayor estaba internado a la espera de un donante porque sus riñones habían dejado de funcionar, que empeoraba rápido. El padre de Ramiro asoció esto con las señales que le hiciera su hijo e hizo su interpretación. Cattáneo se encargó de hablar con las personas necesarias para que estudiaran la compatibilidad con el padre de Ramiro, aduciendo que el abuelo del chico había embarazado a muchas de las chinitas de sus campos, que era muy posible algún parentesco, y por sobre todas las cosas, que Irene no debía enterarse jamás la procedencia del órgano. Así quedó arreglado, y cuando el padre de Ramiro llegó al sanatorio lo estaban esperando. Lo instalaron en una habitación sofocante que compartía con un quejoso sonriente en el piso diecisiete, con TV por cable a ocho pesos diarios. Su compañero de habitación lo tenía tronando todo el día, como si sólo pudiera vivir distraído, incluso hasta altas horas de la noche. “No me molesta”, le había mentido el padre de Ramiro. Podría haber matado a ese despojo sin pestañear, pero su cortesía campechana no le permitía contestar mal. El quejoso dejaba el televisor prendido incluso cuando salía a caminar de una punta a otra por el largo pasillo, llevando en una mano una bolsa plástica llena de coágulos flotantes en salsa pardusca que una manguera transparente le conectaba al pecho. Drenaje de tórax —le había aclarado levantando la bolsa como

un trofeo. En el horario de visita venía la mujer con los cuatro hijos y hasta alguno de los hermanos y rodeaban la cama de su compañero. Comían, hablaban estupideces a los gritos, se besaban y manoseaban. Era el padre de Ramiro quien entonces salía al pasillo. “Parecen una familia de perros”, le había comentado a uno de los médicos, que riendo gritó: “¡Rimbaud!”. No lo afectó el insulto, no podía ser peor que los acostumbrados. Por la noche, la contradictoria ausencia de oscuridad y millones de lucecitas por la ventana El cielo de abajo, el cielo del infierno, pensaba. Grandes luces rojas y naranjas titilaban mecánicamente en la cima de los edificios. El cielo de arriba no se veía. Qué locura, pensaba anonadado. Los médicos se desconcertaron porque la histocompatibilidad con el hijo de Irene era óptima y el parentesco inexistente. Solo el día de la ablación el padre de Ramiro dudó un poco. Indefenso y ridículo, desnudo bajo el camisolín esterilizado, cagándose de frío en la camilla, con un montón de gente a su alrededor disponiendo de él como si fuera una cosa. No estaba seguro de haber interpretado las señas de Ramiro, pero era lo que le quedaba. Lo inquietaba que lo durmieran, no por temor a la muerte sino por quedar en manos de esos extraños.

El médico no quiso operarlo sin anestesia y tuvo que tranzar. No tenían idea del dolor que era capaz de soportar un hombre como él. Despertó entregado a la debilidad. Si le hubieran dicho que moría así, no le hubiera importado. Estaba también desilusionado. Había tenido la esperanza de ver a Ramiro con la anestesia. Se fue del sanatorio al tercer día de la ablación contra la voluntad de los médicos.

—Si a Jesús le alcanzaron tres días para resucitar, me alcanzan a mí para ponerme en pie —les dijo.

Volvió al trabajo en las estancias. Las actividades de la Fundación languidecían desde que uno de sus miembros había sido visto manipulando un reflector láser en las afueras, el padre de Ramiro había dejado de buscar animales mutilados y ni siquiera aparecía la luz mala en el monte. Levantaron todo y se fueron para alivio de los lugareños. Lue-

go, la madre de Ramiro firmó una declaración preparada por Cattáneo: que su hijo había llegado hasta ella mal herido, que le había confesado en su agonía que trabajaba con un grupo de desconocidos que habían secuestrado a Garrido y que cuando éste escapó lo mataron. Aunque quedó mucho en el tintero, fue suficiente para catapultar la carrera de Cattáneo que luego de seis meses de pasearse por el pueblo como si fuera un príncipe, volvió a la Capital para hacerse cargo de un juzgado federal.

XXXIX

Pasaron cuatro años más, en los que el padre de Ramiro envejeció veinte. De vez en cuando se pegaba una vuelta por el pueblo en día de semana para ver de lejos a los hijos de Irene salir del colegio. En los atardeceres se apoyaba en alguno de los postes de la alambrada a presenciar la puesta del inmenso sol rojo de su tierra. En una de ellas se le apareció el hijo mayor del veterinario. Su mujer lo miraba desde el rancho y en el camino un lujoso coche esperaba. Sin verla supo que Irene estaba al volante.

—Difícil aguantarse eso —dijo el muchacho.

—Usted porque no es de acá.

—Solo los del campo son de acá, por lo menos es lo que decía mi viejo.

El padre de Ramiro asintió. El sol se hundía más rápido cuando tocaba el horizonte.

—Mi hermanito tuvo un sueño —dijo el muchacho y agregó—: Hay sueños que son importantes.

—Ya lo creo.

—Soñó con mi viejo.

—El veterinario.

—Sí —confirmó el muchacho, mientras el padre de Ramiro sonreía recordando cómo lo miró el veterinario cuando se le metió en

la camioneta de prepo—. Dijo que usted tenía algo que enseñarme —agregó.

—Qué podría enseñarle a un mocito de ciudad.

—No sé, algo importante, una de esas cosas que se llevan con uno para toda la vida, ¿podrá ayudarme? —terminó el muchacho. Se estaba poniendo oscuro. Observaron juntos los últimos reflejos y con lentitud ritual el viejo peón desenvainó la faca.

Irene ya había quedado con su hijo en que si tardaba más de diez minutos se iba. Podía arreglarse solo y el pueblo había recuperado su tranquilidad. Faltaba un rato para la hora de la cena. Ya no tenía personal doméstico, ahora valoraba más la intimidad que la comodidad. El más chico se había quedado en lo de un amigo a dormir. Improvisó un fuego en el jardín y fue quemando los papeles del grupo, algún libro que le habían dado, y la cinta, que al tocar las llamas se deshizo como tela de araña. Tiró al final el pretensioso estuche y se quedó hasta los rescoldos. Su grupo había durado unas pocas generaciones, no como los de Oriente, que se mantenían por siglos. Ni el suyo ni los de ellos habían estado nunca a la altura de los iniciadores, se iba tergiversando el mensaje. Así se habían convertido las enseñanzas en religiones y éstas en aberraciones.

Estaba preocupada por sus hijos. No lo había estado al engendrarlos ni al parirlos y mucho menos al separarse de Víctor. El más chico, tan parecido a ella, con esa capacidad para operar sobre los demás desde lo oculto. Ya no había un grupo para orientarlo y cultivar sus capacidades y una madre no puede enseñar esas cosas. Y el más grande, que parecía un clon de Víctor tanto en lo aparente como en lo inaparente, con la misma actitud parsimoniosa y confiada que se tornaría resignación al enfrentar el mundo. Imposible que se encuentre con una mujer capaz de hacerle lo que ella a su padre. El mundo lo iba a destruir como a todos los soñadores y ella lo había dejado con quien había sido su enemigo. Esos son los verdaderos aliados, los enemigos, escuchaba en sus recuerdos a Garrido.

Su hijo volvió más temprano de lo esperado.

—¿Te sirvió? —preguntó ella.

—¿Te cuento? —preguntó él.

“Le sirvió”, pensó ella negando con la cabeza y le dijo:

—Hay cosas que una madre no puede enseñar y cosas que un hijo no debe contar. —Ella no había preparado la cena.— ¿Comiste? —le preguntó a su hijo, que negó con la cabeza. Le pasó el brazo sobre los hombros y fueron juntos a la cocina—. Algo vamos a encontrar —dijo.

Sin saber para qué, antes del amanecer Irene fue a la estación abandonada. Ni rastros del linyera. En el lugar donde siempre hacía su fueguito, el tiempo y la humedad habían consolidado una costra de cenizas. Miles de pájaros, como si adivinaran el primer rayo del sol, comenzaron a cantar. Escondido a más de doscientos metros el linyera apuntaba a Irene con una rama. “Pum”, hizo en voz baja. Irene recordó a Rita, cómo había convertido a Garrido en un viejo baboso y cómo eso afectaba al grupo. Se había cruzado en mal momento con Rita y como con un perro en la ruta tuvo que resistir el impulso de pegar el volantazo, tuvo que sostenerse con fuerza. Su crimen ya estaba esclarecido con una verdad que ella había aportado a quienes se satisfacen con entender. Irene se acercó a los restos del fuego. El linyera apuntó. “Pum”, hizo en voz baja. Le vino a la mente la mirada de Víctor cuando ella se iba con sus amigos. “¡Infeliz!”, pensó con furia para sacárselo de la cabeza. El linyera apuntó. “Pum”, hizo en voz baja. A Irene le pareció ver en la costra un dibujo, una cara. Mientras más la miraba, más se parecía a Garrido. Apoyó el taco en el centro de la costra y le descargó su peso. La costra se partió y ella la pateó con fuerza dispersando lejos los pedazos. Sintió el perfume que usaba Garrido. De pronto se puso alerta y buscó con la mirada girando sobre sí misma. No vio nada. “Qué hijo de puta”, pensó al irse.

XL

Irene había elegido los nombres de sus hijos sin consultar a nadie. Víctor lo aceptó como si no tuviera ningún derecho. Al mayor le había puesto Roque. El nombre del menor era letra muerta en un documento, todos le decían Lucho. Los hermanos nunca habían compartido nada, ni habían jugado juntos, ni se habían peleado, ni prestado ni sacado nada. Mantenían distancia como gladiadores que no saben si van a tener que matarse algún día. Roque se mantuvo en contacto con el padre de Ramiro hasta el día de su muerte, cuatro años después. No tenía faca, la madre de Ramiro le entregó la que había pertenecido a su esposo, que nunca había cambiado de manos. Cuando Roque la usó para escuchar el filo, la imagen que se le presentó fue confusa. No sabía si era la del padre de Ramiro o la del suyo pero estaba seguro de que no venían de afuera, que eran solo un recurso de su mente. No le aclaraba las cosas escuchar el filo y mucho menos las historias que ya formaban parte de los mitos del pueblo. Decidió ir a ver al ex fiscal, el primero que el pueblo había tenido con la reforma judicial. Estaba abandonado en un hospicio de la Capital, declarado incapaz y con un curador a su cargo. La esposa había obtenido el divorcio dejándolo atrás. Le advirtieron que no hablaba. Él lo tomó del brazo y lo sacó al patio. Se sentó a su lado y esperó largo rato a que dejaran de ser el centro de atención. Un incidente violento con otro de los internados se produjo lejos de ellos. Roque sacó su faca y haciendo hablar al filo cerca del oído del ex fiscal le preguntó:

—¿Vos mataste al veterinario?

Pasaron varios segundos en que el ex fiscal no dio indicios de haber escuchado, luego dijo:

—Sí.

Era la primera palabra que pronunciaba en años.

—¿Un tiro? —preguntó Roque.

Pasó otro largo rato y el ex fiscal contestó:

—Dos.

Roque sonrió.

—¿Hiciste justicia?

El ex fiscal volvió a tardar, como si los sonidos de las palabras tuvieran que recorrer una gran distancia hasta él y respondió:

—Peor.

Roque intentó hacerle responder otras preguntas pero el ex fiscal no le contestó. Guardó la boca y permaneció un largo rato sentado con él. Estaba satisfecho.

Roque no había querido seguir estudiando, se había quedado con su abuelo para manejar los negocios de la familia. Lucho estaba terminando el secundario. Irene viajaba cada vez más, quería estar lejos. Las cuestiones entre ella, Víctor, Garrido y el ex fiscal, no estaban saldadas y lo que no habían resuelto ellos, lo resolverían sus hijos de la peor manera. No quería tomar partido. Lucho había encontrado por su cuenta la manera de desarrollar sus aptitudes. Un día sin saber por qué, había ido a la estación abandonada. “Te invoqué”, le había dicho el linyera y desde entonces lo veía cada tanto para aprender. Roque y Lucho nunca habían hablado de algo importante. Roque tomó la iniciativa y le contó lo que el ex fiscal le había dicho.

—Hay que matarlo —dijo Lucho.

—No queda nada que matar.

—Hay que curarlo, para matarlo.

—No tiene cura.

—Yo sé cómo —terminó Lucho.

Los hermanos se midieron en silencio. Roque volvió a hablar:

—¿Podés hacer que...?

—Que vuelva —interrumpió Lucho— para matarlo.

—Para investigar. —Lucho negaba con la cabeza y sonreía, Roque siguió—: Estamos inmersos en una cadena de muertes que empezó cuando éramos muy chicos. El padre de Ramiro cortó una parte salvándome cuando su único hijo murió por culpa de nuestra madre.

—El gesto se le endureció a Lucho pero no dijo nada—. Si no lo hacemos así, vamos a terminar matándonos vos y yo.

Lucho se aflojó y dijo:

—Quiero pensarlo.

—Y consultar —agregó Roque.

Lucho asintió y dijo:

—Vos ya no tenés a quién.

—Tengo —terminó Roque.

A la semana fueron al hospicio en horario de visita y en el patio se sentaron uno a cada lado del ex fiscal. Lucho sacó un puro y le pidió la faca a su hermano, que dudó y finalmente se la entregó sin disimular su malestar. Lucho cortó la punta del puro y fue hasta una maceta para depositar allí el pequeño resto. Luego sacó un fósforo de cera y lo prendió raspándolo contra el piso de baldosas. Con éste encendió el puro cuidando que la llama no lo tocara. Aspiró con deleite durante unos minutos que a Roque le parecieron interminables. Sacó un papel metalizado, lo desenvolvió y con la faca despegó el grumo negro que contenía y lo sostuvo bajo la nariz del ex fiscal. Entre pitada y pitada lo fue quemando con la brasa del puro. Cuando se consumió el grumo, le tendió la faca y el puro a su hermano, que tomó la faca y quiso declinar la invitación a fumar negando con la mano, pero Lucho insistió sosteniendo el puro ante él. Roque lo tomó y fumó un par de veces como si fuera lo más importante del mundo, como le había visto hacer a su hermano. Él sonrió, luego le puso el puro en la boca al ex fiscal que pitó profundamente una vez. Llevó el puro hasta la maceta y allí lo dejó haciéndole un gesto a su hermano que quería decir más o menos “vámonos, ya no tenemos nada que hacer aquí”. Roque sonrió pensando en cuánto se parecían su hermano y su madre y antes de pararse le dijo al ex fiscal:

—Somos los hijos del veterinario.

XLI

Segundos de silencio antes de que cortaran le alcanzaron para saber que era él. A pesar de que no le habían dado esperanzas de recuperación, de que habían pasado años, de que ya no tenían nada que ver. Había hecho todo lo posible pero se sentía culpable a cada instante. Cuando su marido enfermó no tenía cobertura médica ni derecho a pensión. En lúgubres nosocomios estatales, con profesionales relegados y personal indolente, lloró hasta el desmayo cuando lo internó. Ni siquiera era un entierro. Y más cuando al otro día lo encontró encastrado en sus inmundicias, vestido con harapos que otros habían descartado. Esfuerzos en quejas y gestiones inútiles y luego el día por medio, cada semana y cada mes. Nada que compartir, vacía deserción. Perdido todo, la vuelta a casa de sus padres, sin profesión ni juventud, a imponerles en la vejez la carga. Ahora esta llamada, ese silencio. No se animó a averiguar, a saber qué sabía. Por mucho tiempo el teléfono fue sobresalto.

XLII

Una semana después de la visita de los hermanos, el ex fiscal había completado la recuperación de su memoria. Desde el día en que aspiró los grumos negros hasta esa visita no recordaría nada porque no había estado. Se encontraba viejo, su mujer lo había dejado y su profesión en el punto partida. Los años esfumados eran peores que haber estado preso o abandonado en una isla. Tardó meses en aparecerse por el pueblo. Nadie lo reconoció. Era de mañana, pasaba algo de gente por la plaza central. Fue el primero en llegar al bar y se sentó junto a la ventana. Recordó sus primeras impresiones al llegar, la tranquilidad, el silencio, el aire puro, su familia, su trabajo y sus ambiciones. Llegó Lucho y enseguida Roque. Nadie saludó.

Pidieron café. Los hermanos observaban al ex fiscal y esperaban. Finalmente habló:

—¿Por qué?

—Eso no sirve —dijo Roque.

El ex fiscal suspiró y Lucho dijo:

—Hubo demasiadas muertes.

—Ya me enteré —dijo el ex fiscal, que revolvía el café con su atención en el pequeño remolino que creaba, en el ruido de la cucharita contra la cerámica, en sus suspiros profundos.

—Suspiros de monja —dijo Lucho con desprecio.

El fiscal pareció no escuchar.

—Estaba enfurecido, no con él, conmigo. —Los hermanos esperaron, el ex fiscal siguió—: Había llegado a tenerle aprecio, a respetarlo, mucha gente lo respetaba. —El ex fiscal reafirmaba con la cabeza—: Sus colegas del pueblo ya tenían una posición heredada, al igual que la gente de poder incluyendo a la familia de su esposa. Él se hacía de abajo sin ayuda de nadie, con conocimientos y capacidad —siguió el ex fiscal— mucha gente lo admiraba, sus colegas más que nadie.

Lucho oía con la boca abierta, Roque se había despatarrado en la silla. Eran las primeras palabras respetuosas que escuchaban hacia su padre.

—Yo sabía que no podía ser el asesino, me puse a todos en contra por no acusarlo y al último momento él me mintió. —Los hermanos se recomponían, el ex fiscal se tomó un respiro y siguió—: Cuando había perdido todo mi poder, sostuvo una mentira ridícula mirándome a los ojos.

—Desafío —dijo Lucho.

—Traición —dijo Roque.

Parecía que nada más se diría y el ex fiscal empezó a contar entre largas pausas:

—Varios días esperé acostado entre las mazorcas con los ojos y la nariz llenos de polvo, el calor sofocante y la duda; se metía con cada

puesta de sol, un atardecer se quedó y fue una señal para mí; tenía miras abiertas, aguantó el primer disparo que fue mortal pero no certero, no se movió por no caer, el segundo ni lo debe haber escuchado; me mentí a mí mismo que era por Rita —concluyó. No se dijo más.

XLIII

La relación entre los hermanos no cambió, Irene estaba de viaje, el linyera seguía en un galpón de la estación y cuando alguien se arrimaba por allí se escondía entre las malezas. Así fue que mientras observaba agazapado le apoyaron una filosa hoja en la garganta. Al volverse vio a Roque limpiando la faca. Se tocó, no había sangre.

—Es la primera vez que me sorprenden —dijo volviendo al galpón. Roque lo siguió y se sentaron frente a los rescoldos.

—El enfrentamiento entre ustedes solo existe en la mente de tu vieja, no es necesario que pase nada.

Roque contestó sin sacar los ojos de las brasas:

—Es necesario que Lucho se entere.

Pasó un largo rato hasta que el linyera dijo:

—Me lo llevo a la selva para aprender algunas cosas más, él va a volver, yo no. —Parecía que Roque iba a decir algo, pero siguió el Linyera—: Uno se puede equivocar solo o en grupo, no importa, venimos acá para eso.

Reavivó las llamas y crepitó el resplandor. Iban a pasar tres años antes de que Lucho volviera. Le mandaría una postal a su madre cada seis meses siempre con la misma frase: “Estoy bien”.

Que el linyera no era solo eso, Lucho lo supo desde el primer momento. En la selva el Linyera era uno entre los chamanes. Lucho participaba de la recolección de plantas maestras y la preparación de pócimas desalucinadoras. Podría haberse perdido sin que nadie se enterara. Noche tras noche ante las fogatas rituales, sin el ojo su sombra

entretejió los humos y en las llamas todos los soles, sin el oído los icaros atravesaron los reflejos de este mundo. A los tres años el linyera le explicó por primera vez:

—El de esta noche es el último ritual, vos vas a volver, yo no. —Se hizo un largo silencio y el linyera siguió—: Tengo poderes para que cualquier persona haga mi voluntad, incluso que se mate a sí misma con total conciencia. Hace mucho que no hago esas cosas, desde que me encontré con una mujer muy parecida a tu madre, tenía nombre de flor —terminó murmurando.

Lucho esperó, no quería interrumpir el silencio, el linyera continuó—: El que sabe mucho llega a sentir que no sabe nada y el que sabe poco siembra incertidumbres que indican que sabe más de lo que dice, que lo deja para más adelante, para cuando “estés preparado” —dijo el linyera— así mantienen un halo de misterio aprovechando las ansias de imaginación de los tontos que necesitan escapar de sus vidas de dormidos. Como hay mucha gente desesperada —siguió— siempre consiguen quien los siga. —Y terminó—: Ahora sos como yo.

Llegaron otros chamanes, el más joven miró al Linyera y cabeceó hacia Lucho alzando las cejas. El linyera asintió con seguridad y el más joven parpadeó apenas más lento que lo habitual. El Linyera hizo un chasquido torciendo la boca, todo había sido dicho. Se internaron en la selva, los indios dirigieron las prácticas y al despabilarse a la mañana, Lucho se encontró con que el linyera se había momificado en posición fetal. Su cuerpo pesaba muy poco, parecía de papel seco. Lo pusieron sobre los rescoldos y se consumió en minutos. Uno de los indios abrió una bolsita de lona que el Linyera llevaba siempre y de entre cinco piedras eligió una para Lucho.

Al consumirse los despojos de su maestro un humo azulado quedó suspendido sobre el fuego. Lucho ya no estaba bajo los efectos de las pócimas, las había tomado decenas de veces en cantidades cada vez más pequeñas hasta que solo una gota cambiaba su percepción. En

adelante le alcanzaría con invocar. Cuando vienen europeos les dan primero otras plantas para quebrarlos —le había contado el Linyera— sudan, vomitan y tienen diarreas conmovedoras, los purgan antes de recibir la planta sagrada, los hacen sentir que se mueren y aun así no se abandonan. Vienen del otro lado del mundo a resistirse —le decía sonriendo y negando con la cabeza— de todas formas si pasan no van a ningún lado, se dejan llevar por visiones y ensueños al azar. A él nunca lo habían purgado.

—No soy europeo —había razonado Lucho.

—Tampoco indio —le había dicho el Linyera.

—Ni una cosa ni la otra.

—Si fuéramos cosas no podríamos suceder, vas a ser un “como yo” cuando yo no esté —le repetía el Linyera hasta el aburrimiento. Lucho no entendía del todo pero sabía que iba a entender.

Descubría la soledad porque durante el tiempo en la selva con el Linyera habían sido dos. Podía quedarse el tiempo que quisiera entre los indios pero no tenía sentido, eran como radios en distintas sintonías. Volvería al lugar de donde había venido, a vivir entre gente que convierte un diente roto o un grano en la nariz en el centro de su existencia. El chamán más joven iría con él, tenía un objetivo que por supuesto no le contó. Las horas de micro las viajarían de noche para despertar al llegar con la sensación de haber aparecido.

Roque se levantó temprano y, cosa que nunca había hecho, fue hasta la tumba de su padre. Ya había otro hombre allí, que al llegar hasta él le dijo sonriendo:

—Te invoqué.

Recién entonces reconoció a Lucho, que extendió las manos con las palmas hacia la tumba y dijo:

—El viejo anduvo en algo raro, cuestiones de poder, como nosotros.

—¿Nosotros?, yo solo sé escuchar el filo, no es más que una forma simple de meditación.

—Todo lo que es fácil de decir es difícil de hacer —recordó Lucho— no creas que yo hago mucho más.

Roque asentía, luego de un rato dijo:

—Me casé, tengo un pibe.

—¿Cómo se llama?

—Víctor.

—La cara que debe haber puesto la vieja —dijo Lucho riendo. —Lo que me inquieta es que mi esposa le tiene terror, dice que le da la impresión de que en cualquier momento le va a morder el cuello.

—Eso es normal.

—Ella tiene una malformación cardíaca, no es grave pero no tiene cura.

—Igual que el miedo —dijo Lucho.

XLIV

El gran juez Cattáneo volvió al pueblo de visita con su nueva esposa, sin sus hijos, auto importado, varios kilos menos, entretejido rubio y reloj de oro. Aprovechando la feria judicial se había pegado una vuelta. Aquí no había playa, ni montaña, ni restaurantes ni cines, aquí no había un carajo, ni siquiera un amigo, pero el gran juez Cattáneo era tan humilde que no se olvidaba de sus orígenes. Luego de andar paveando de aquí para allá varias horas, fue a visitar a quien había sido su secretaria en la Fiscalía. Ella se había jubilado con dos pesos y la estaba pasando mal. Lo dejó entrar y se paró junto a la madre de Ramiro que sentada lo miró inexpresiva. Cattáneo puso dos paquetes sobre la mesa y dijo:

—Cincuenta mil en cada uno, como arreglamos.

—Está bien —dijo la secretaria, y apoyó sobre la mesa un minicasette empujándolo hasta el otro lado.

Cattáneo lo agarró y preguntó:

—¿Cómo sé que esto termina acá?

—Termina acá —dijo un desconocido que de pronto estaba a sus espaldas y agregó—: No nos interesa que un juez federal se quede sin nada que perder.

Cattáneo salió. “El que roba a un ladrón, tiene cien años de perdón”, pensó la secretaria para sentirse menos culpable.

Viendo la polvareda que dejaba el coche, Roque pensó que ese corrupto, aunque por motivos egoístas, había cumplido un importante papel para salvarlo. Su madre había averiguado todo en su momento, y lo había mandado con el padre de Ramiro. Miró a las mujeres sentadas una al lado de la otra, cada una con su paquete y su depresión. Él podía haberlas ayudado, pero para que aceptaran algo tuvo que organizar que la plata la pusiera Cattáneo. Lo hubiera matado con gusto, no por él sino por el padre de Ramiro que siempre le había tenido ganas. Pero le debía la vida a sus miserias y no quería entrar en una espiral de asesinatos como había sucedido con su madre años atrás.

La secretaria les ofreció unos mates, prefirieron irse. Mejor, pensó ella, porque en cualquier momento le vendrían las lágrimas. Le pasaba a cada rato y prefería estar sola, le hacía peor que alguien la consolara. Tantos años trabajando con dedicación, siendo fiel, postergándose para cumplir siempre y ser desechada al final como un trapo viejo, una herramienta gastada.

Con su único hijo muerto, la madre de Ramiro no tenía ganas de vivir. Roque la ayudaba y la protegía. A ella le había interesado joder a Cattáneo para tener la oportunidad de matar al hijo de puta que había ensuciado el nombre de su hijo. Para ayudar a su marido lo había aguantado. No obstante, quería tenerlo delante para decidir, por eso esperó sentada todo el tiempo con el viejo revólver bajo la pollera. Cuando Cattáneo entró, le pareció tan patético con su riqueza vacía, su falsa melenita y su miedo a perder, que no quiso hacerle el favor. Igual, pensamientos de muerte la rondaban.

El único que estaba contento era el sargento, se iba como custodio del Juez Cattáneo a la Capital. ¡El hijo de puta cumplió!, pensaba. No

había tenido que hacer nada, en un primer momento creyó que iba a tener que matar a la secretaria, pero el juez debió haberlo arreglado de otra manera. Lo habían puesto nervioso los crímenes del pueblo, no por la violencia sino por no saber de dónde venía. Como custodio del juez no iba a poder trabajar para los jefes policiales pero cobraría viáticos. Duró poco el sargento en la Capital. Viajando en colectivo se durmió, subieron asaltantes, se dieron cuenta que era policía y lo ejecutaron. Cattáneo se enojó. Le habían ofrecido un lugar en las listas para diputados y si hubieran matado a su guardaespaldas en un tiroteo, le hubiera sacado rédito diciendo que lo atacaban a él por su lucha contra el delito. También le hubiera venido justo si hubiera hecho matar a la traidora de su secretaria. Le había hecho un favor al sargento por nada y encima le habían sacado un toco. Cattáneo se sentía tan mal que avisó que no iba al juzgado por un par de semanas y se fue a navegar en yate con la minita de turno.

XLV

Irene sabía muchas cosas, otras creía saberlas, otras las sospechaba y otras más las ignoraba. A su vuelta tuvo el primer almuerzo con sus dos hijos en tres años. Estaban su nieto Víctor y su nuera. Cada vez que alguien mencionaba el nombre del chico Irene se tensaba y Lucho contenía la risa.

—Qué te habrán hecho en la selva, volviste muy risueño —le recriminó Irene.

—Hay cosas que un hijo no le cuenta a su madre —le recordó Lucho y luego para cambiar de tema dijo—: El linyera trascendió.

Irene pegó un salto.

—¿Está muerto?

—¡Trascendió, che! —repitió Lucho tratando de ponerse serio.

Su madre lo miró de reojo.

—¿No lo habrás matado vos?

Lucho estuvo por decirle que no se parecía tanto a ella pero se contuvo y negando con la cabeza aclaró:

—Al final de un ritual se quedó seco, en el sentido literal de la palabra —hizo una pausa y terminó— ya me lo había anticipado.

—Tenía más de cien años —dijo Irene, y mirando a Roque agregó—: Vos no lo conociste.

—Sí —dijo Roque para sorpresa de ambos— charlé con él antes de que se fueran a la selva. —Y agregó—: Fue muy interesante.

—¿Cómo es eso? —preguntó Irene.

—¡Víctor! —gritó la esposa de Roque al nene, que trataba de meter los dedos en el enchufe. Roque aprovechó para llenarse la boca de comida. Irene se distraía cada vez que escuchaba ese nombre.

—Nunca me había dado cuenta de cuantas veces por día se pronuncia el nombre de un chico —dijo Lucho riendo.

Roque aprovechó para cambiar de tema:

—Anduvo Cattáneo por el pueblo.

—¿Qué quería? —preguntó Irene con ferocidad.

Lucho interrumpió riendo:

—Está preguntona la abuelita.

Irene lo fulminó con la mirada, pero allí la única persona que le temía era la esposa de Roque, que a pesar de que trataba de pasar inadvertida volvió a gritar:

—¡Víctor, dejá eso!

El nene estaba en el jardín estrujando un sapo. Mientras la mamá corría a sacárselo, Roque dijo con muy mala intención:

—Le gustan los animales.

Lucho estuvo por agregar que por ahí terminaba siendo veterinario, pero prefirió no tensar demasiado.

Lucho se fue a poco de terminar la comida, Irene se quedó un rato más. Al despedirse, Roque la acompañó a través del jardín. Era el momento en que podían llegar a decirse algo importante.

—No hablás nunca de papá —le dijo Roque a su madre. Un nuevo grito a lo lejos. “¡Víctor!”, la hizo alzar los ojos al cielo, luego tomó del brazo a su hijo mayor para que le sostuviera la mirada.

—No se puede salvar a nadie —le dijo.

—Quizás...

—No se puede salvar a nadie —le repitió antes de irse. Roque la observó alejarse. Pocos hubieran creído que esa joven mujer era su madre. No se enojó con ella, sabía que tenía razón pero él no pretendía salvar a nadie, había querido decir otra cosa.

A veces Roque iba a campo abierto para ver la puesta del sol y escuchar el filo. A veces llevaba a su hijo Víctor y mientras con un brazo lo sostenía alzado, escuchaban juntos. Al principio debía mantener la boca lejos para que el chico no la manoteara. Sin que le explicara se iba dando cuenta. Al ponerse el inmenso sol rojo, el nene escondía la cara contra el pecho de su papá.

—Vas a tener que verlo, Víctor —le decía él—, pero no vas a estar tan solo, aunque no se pueda salvar a nadie, no vas a estar tan solo.

En esos momentos el pequeño Víctor sólo quería escuchar el filo para adivinar las formas que dejaban las estelas de infinitos puntos centelleantes, aunque no tuviera las palabras para fracasar al decirlo.

XLVI

Roque fue quien más sintió la muerte del abuelo. Luego del entierro Irene se fue de viaje por Europa. Ordenando papeles, Roque encontró una carta: “Si tu hija se sigue viendo con Fer, la voy a matar”. Le vino a la mente la separación de sus padres, el asesinato de Rita y los que habían seguido. Fue a hablar con su abuela.

—Siempre queda algún cabo suelto —dijo ella y agregó—: Esto no tiene nada que ver con vos.

—Tengo que saber —dijo Roque esperando. Su mirada lo decía todo.

—Hubiera sido un escándalo, además esa Rita era una puta, qué derecho tenía a veniros con amenazas. —Roque permaneció en silencio. Su abuela se resignó y siguió—: Tu mamá tenía una aventura con el pendejo, Rita me mandó la carta a mí y cometí el error de mostrársela a tu abuelo.

—¿Fer no era homosexual?

—Tiraba para los dos lados.

—No puedo creer que haya sido amante de mi madre. —A tu madre le gustaba divertirse, nadie le dice lo que tiene que hacer y vos no sos quién para juzgarla.

—¿Se separó por eso?

—No, eso no tuvo nada que ver —dijo la abuela, y luego le contó que el abuelo había perdido el control y había contratado a alguien para que matara a Rita. Roque reaccionó diciendo:

—Siempre pensé que había sido mamá.

—Ella no mata perdices a cañonazos.

—El abuelo la protegía a ella y ella al abuelo.

—Y los dos a su orgullo —dijo la abuela y preguntó—: ¿Qué vas a hacer?

—Nada, no voy a hacer ni decir nada.

—Es lo mejor —dijo la abuela y entre risitas siguió— cuando tu papá le atribuyó en la Fiscalía esa pavada de los disfraces eróticos tu abuelo se enfureció, parecía un perro rabioso y durante un tiempo pensamos que él lo había hecho matar.

—Bueno —dijo Roque— si hay algo más, te agradecería que me lo contaras ya.

La abuela se encogió de hombros y agregó:

—Tu abuelo le pagaba a un peoncito para que molestara a tu papá, ahí se hicieron amigos con Fer.

—Una sucesión de locuras y estupideces.

—Sos igual a tu padre —terminó la abuela haciéndose la ofendida— no te gusta la diversión.

Apenas vuelta de Europa Irene fue con Roque y le dijo:

—Así que ya sabés.

—Encontré la amenaza y saqué conclusiones.

—¿Y Lucho?

Roque negó con la cabeza.

—No era de tu incumbencia —dijo ella.

Roque asintió, pasaron unos segundos en que Irene pareció aplacarse y Roque preguntó:

—¿Podrías haber evitado la muerte de papá?

—No se puede salvar a otro.

—Pero...

—No se puede salvar —dijo Irene, yéndose, no quería que Roque le viera los ojos.

XLVII

La madre de Ramiro estaba entregada. Roque fue a verla con la nueva información y la esperanza de que al involucrarla en preocupaciones mundanas se sintiera mejor, quizás de paso agregara algo.

—Ramiro y Fer eran solo amigos —dijo ella.

—Claro.

—No soy una mojigata, no me escandaliza el sexo, ¿sabés que Ramiro había confesado el asesinato de esa mujer?

—Rita —asintió Roque.

—Tenían un plan —dijo ella, y siguió—: A escondidas de su padre, Ramiro le enseñaba a escuchar el filo.

—No llegó a saber suficiente.

—Ninguno de los dos —dijo la madre de Ramiro. Tomaron unos mates como hacían cada tanto pero un hijo es un hijo, él nunca iba a

poder ayudarla. Le vinieron a la mente las palabras de su madre “No se puede salvar a otro”, había dicho y luego “No se puede salvar”. “Resumiendo”, pensó él, “no se salva”.

XLVIII

La abuela de los muchachos estaba horrorizada porque Lucho se había traído un indio que le andaba dando vueltas alrededor como un perrito. Lo tenía como ayudante vaya a saber de qué, porque cualquier tarea que le fuera encargada terminaba en un desastre. Era mejor que no hiciera nada, pero Lucho aún así lo retuvo.

—Me da lástima —explicó.

Roque sabía que el indio era un chamán y que hacía las cosas mal para no trabajar. Se lo comentó a Lucho.

—Hay cosas que los indios hacen bien y cosas que hacen mal —dijo Lucho— te sorprendería las que hacen bien.

—No deben ser muchas porque viven como miserables. —Son poco prácticos, por eso este chamán vino conmigo, no le enseñé nada pero él dice que está aprendiendo mucho.

Vos le caes bien —terminó Lucho.

—¿Por?

—Supongo que porque te das cuenta.

Fueron juntos a casa de Lucho. El indio los recibió sonriente en el jardín. Estaba sentado bajo el único árbol, con una mantita extendida en el piso y sobre ella varios objetos cuidadosamente ordenados: piedras, plumas, huesos y un par de cuchillos viejos.

—Es su mesa —dijo Lucho— le pedí que me aclarase el sueño que tenía de chico, ¿te acordás?

—Inolvidable —dijo Roque haciéndose el asustado.

El indio largó una carcajada y se concentró en los objetos de su mesa. Tomó una piedra y la sostuvo entre sus palmas cerrando los ojos,

apuntó con uno de los cuchillos a Roque, hizo lo mismo a Lucho con una pluma, tomó otra piedra y la sostuvo contra su pecho.

—No podemos tocar nada —explicó Lucho y siguió— que nos deje ver su mesa es un gran honor. —Roque pareció preocuparse, Lucho le aclaró—: No tenés que agradecer, lo hace para sus dioses.

El indio habló en un entrecortado castellano.

—Viejo-advertencia-abuelo. —Lucho pegó un salto y el indio señalando a Roque dijo—: Sabe.

Lucho lo miró y Roque alzó las cejas. Le dieron las gracias al indio y Lucho insistió en acompañar a Roque hasta su casa.

—Cómo puede ser.

—Deberías preguntarme primero si es cierto.

—Cómo puede ser —insistió Lucho.

Roque estaba disfrutando.

—¿Que el peligro era nuestro abuelo o que lo supe antes que vos?

—No jodás.

No había margen y Roque aceptó.

—Está bien, pero después no digan que no me gusta divertirme. —Luego le contó lo que sabía. Fue conciso y directo. Lucho ya no parecía sorprendido y Roque se lo hizo notar—: Lo único que me sorprendió es que fueras menos boludo de lo que parecés. Bueno, igual tengo que estar agradecido, vos me dirigís la palabra y ese indio de mierda me deja ver un montón de basura.

—Está bien, está bien —dijo Lucho— ¿pero por qué no me lo dijiste antes?

—No era de tu incumbencia hasta ahora.

Lucho dio media vuelta y se fue.

—Recién estamos a mitad de camino, ¿no me ibas a acompañar?

Lucho hizo una seña grosera con su mano sin darse vuelta.

—¡La próxima preguntale al indio del segundo sueño! —le gritó Roque. Lucho se paró en seco y volvió. Roque aclaró—: El que te dijo que el padre de Ramiro tenía algo que enseñarme.

—¿De dónde sacaste eso?

—Mamá.

Lucho comenzó a irse otra vez pero se reía tanto que caminaba como un borracho.

“Qué turra es la vieja”, pensó Roque.

XLIX

Volvió a aparecer por el pueblo Tomasito. Las propiedades de la Fundación de Estudios Extraterrestres habían sido liquidadas, pero el monte de la luz mala estaba a su nombre y se generó un litigio que mantuvo congelada la cuestión por años. Finalmente llegaron a un acuerdo y Tomasito lo puso en venta. Roque lo compró en nombre de la empresa familiar, se encontraron para firmar el boleto y días después para escriturar. Roque lo invitó a cenar, quería sacarle algunos datos. Lo tenía visto de pasada muchos años atrás. Ahora Tomasito exhibía canas, arrugas y un fingido entusiasmo. No era fácil de manipular pero ese día estaba contento y Roque había pedido el mejor vino. Le contó que ese monte era todo lo que le había quedado luego de trabajar durante años. Roque no quería ahondar en ese tema porque era evidente que Tomasito era un estafador. Por otra parte no era eso lo que le interesaba. Cuando lo tuvo suficientemente tomado le comentó que sus padres se habían conocido.

—El veterinario, sí y también recuerdo a Irene.

—Tu viejo y mi vieja tenían mucho que ver con un tal Garrido.

—Me acuerdo, una especie de prócer era.

—Nunca me contaron bien qué hacían.

—A mí tampoco, mi viejo me mantuvo al margen y me daba bronca. —Roque creyó que no había más, pero Tomasito recordó—: Solo una vez me mezclé en eso, para hacer de chofer. —Ro-

que le hizo un gesto de sorpresa y Tomasito dijo—: Tuve que ir a buscar a un tipo a un psiquiátrico y traerlo hasta la Fiscalía, era importante que nadie supiera de dónde había salido, ni siquiera mi viejo, y pensé que eso me iba a dar entrada al grupo pero no... después mi viejo murió.

—Cuando volvía a la ciudad.

—Ahá.

Roque le siguió tirando de la lengua. Que Tomasito se hubiera referido “al grupo” indicaba que sabía más de lo que reconocía. Logró que siguiera hablando y le contó que la idea había sido de Irene.

—Al grupo le molestaba tanta atención —razonó Roque. —Supongo —dijo Tomasito, que apenas podía hablar. No iba a sacarle más nada ni lo necesitaba. “Otra de las maniobras de mi vieja”, pensó.

L

Roque fue con Lucho a recorrer el monte de la luz mala. Le contó del primer encuentro de su padre con el de Ramiro. Le contó que allí se escondía Ramiro y que allí mismo había estado enterrado varios meses. El lugar estaba impregnado de los pequeños espantos de los lugareños y el dolor de la familia de Ramiro.

—Más allá del macaneo de la Fundación, este monte es especial —dijo Lucho— a pesar de que son muchas hectáreas quisiera conservarlo así.

—Eso mismo quería proponerte.

Al indio le encantó para hacer rituales con Lucho. A Roque le gustaba para ir a escuchar el filo, a veces con su hijo, el pequeño Víctor. También era una reserva natural para cientos de especies de la zona. Cuando Roque le contó a la madre de Ramiro, ella se alegró. Estaba con neumonía en el hospital, no comía y se debilitaba. Él la visitaba todos los días y en el último ella le pidió que enterrara sus cenizas en

ese monte. El indio le indicó una depresión diciéndole que había sido la tumba de un hombre joven. Allí dejó juntas las cenizas de Ramiro y sus padres. Luego, de acuerdo con Lucho, hizo levantar y cremar los restos de su padre, y también los enterró en un lugar que les eligió el indio.

Roque le comentó a su madre la charla que había tenido con Tomasito sin saber que lo condenaba a muerte. Irene no iba a permitir que anduviera contando esas cosas, pero sucedió lejos del pueblo y no trascendió. La esposa de Roque se descompuso varias veces. Roque tenía un mal presentimiento pero los médicos le habían dicho que mientras no hiciera grandes esfuerzos, no corría peligro inminente. Podía vivir algunos años más, aunque también podía tener una muerte súbita. Lo único seguro es que no mejoraría. “Las patologías congénitas son así”, le habían dicho. Entrando la primavera, el hijo de Roque se perdió, no lo encontraban por ningún lado. Dieron vuelta la casa de ellos y de los vecinos, avisaron a la policía, nadie lo había visto. Caía la noche. A propuesta de Lucho fueron a buscarlo al monte. Era un presentimiento pero no tenían otra cosa. Allí era difícil orientarse de día e imposible de noche, sin embargo fueron hacia el mismo lugar sin dudar. Encontraron al pequeño Víctor sentado donde habían enterrado las cenizas del abuelo que no había conocido, el veterinario. Tenía un frasco que parecía sacado de entre las cenizas. No había ninguna nota y el frasco no tenía etiqueta, solo un líquido espeso y dorado. Llevaron a Víctor a casa, su mamá esperaba al borde de la histeria. Cuando terminaron los besos y abrazos, llegó Irene y Roque le mostró el frasco.

—¡Mío! —gritó el nene.

—¿Qué es? —le preguntó Roque.

El chico se encogió de hombros. Irene le preguntó a su nieto:

—¿Para quién?

El chico señaló a su madre. Irene tomó el frasco y lo miró a trasluz, extasiada. Todos esperaron hasta que habló:

—Es una dosis curativa total, existió una hace años, no sabía que existía otra.

Su nieto fue hasta ella y tendió la mano. Irene le entregó el frasco y el chico se lo llevó a su mamá. Irene le dijo:

—Tomátelo todo de un saque y les explico.

LI

Irene se quedó hablando con sus hijos mientras la esposa de Roque bañaba y acostaba a Víctor. Después su marido le contaría lo importante. Quería estar lejos de esa mujer, nunca se habían soportado. “La bobita esa” le decía sin tener cuidado de quien la escuchara. Roque le contó después que su padre había sintetizado una sustancia que decían que curaba cualquier enfermedad, ella no lo creyó pero se sintió cada vez mejor y los médicos no encontraron rastros de las lesiones cardíacas que la habían acompañado toda su vida. Roque se encontró con que su hijo había salvado a la mamá, así como el padre de Ramiro lo había salvado a él. No se engañaba, no era a esto a lo que se refería Irene cuando le dijo que no se puede salvar, su madre no sabía contradecirse. ¿Cómo había aparecido ese frasco; habría enterrado las cenizas justo en el lugar en que previamente estaba el frasco o se habría materializado a partir de ellas? Creerlo era demasiado hasta para él. ¿Y cómo había llegado Víctor allí? La fáca le dio la respuesta luego de horas de acariciar el filo. Vio la imagen de su madre en el monte sentando al pequeño junto al pocito.

—Me pescaste —dijo ella con orgullo.

—Pusiste en peligro a mi hijo.

—Estuve con él hasta que llegaron ustedes —dijo Irene, dejándole en claro con su tono que no le iba a tolerar melodramas.

—Nos podías haber avisado.

—Era el precio para que la bobita se salvara. —Roque no atinó a responder e Irene siguió—: La sustancia detonó su poder al com-

binarse con las las expectativas de quien lo dio y quien lo tomó, el mito que la precedía, su disponibilidad mágica, tu hijo perdido, su búsqueda y el miedo, fueron distracciones imprescindibles. —Roque estaba furioso e Irene le aclaró—: Por mí la bobita esa se podría morir ya mismo, pero hubiera sido terrible para mi nieto, las cosas están mejor así.

Roque estuvo un tiempo distanciado de su madre, todavía estaba enojado cuando ella mandó llamar a los hermanos.

—Voy a venir de visita al pueblo de vez en cuando —les dijo— me voy a vivir a la Capital.

—Si es por lo de Víctor..., —empezó Roque, pero ella lo interrumpió.

—No seas pavo, encontré un grupo parecido al de Garrido, viven todos allá. —Y siguió—: —Yo sé que no nos hace mejores ni más fuertes, que hay otras maneras, pero estas actividades se convierten en un vicio y yo ya lo tengo; no me resigno a vivir sin eso. —Sus hijos no decían nada e Irene continuó—: Ustedes no me necesitan y yo menos, por otra parte me deprime bastante ver cómo envejecen.

Sin despedirse, la vieron alejarse. Le quedaban varias preguntas a Roque, ¿su madre había logrado la complicidad del nene que todavía hoy decía no saber cómo había llegado hasta el monte; lo había llevado bajo algún tipo de inconsciencia; cómo había descubierto el lugar de las cenizas; por qué su hermano y él habían ido precisamente allí? Su madre no respondía preguntas, las respuestas había que ganárselas.

Dejó las preguntas añejarse. Con las emociones decantando y la rutina familiar, comenzaron a responderse solas. Recordó que quien había sugerido ir al monte de la luz mala había sido Lucho y comprendió. Se encontraron para hablar a solas. Roque dijo —Ahora entiendo lo que sentía papá, lo que es sentirse traicionado y callar, que te manejen la vida y dejar, pero yo no soy él. Lucho recibió una tremenda piña en la cara. A pesar de la justeza del golpe, logró pararse. En un cruce frenético

dieron y recibieron parejo. Lucho tomó dos pasos de distancia, inspiró profundo y volvió. Esta vez dio sin recibir. Roque se paró por segunda vez con la cara sangrando y al acercarse Lucho le tiró un puntazo. Lucho tomó dos pasos de distancia, agazapado Roque lo esperaba faca en mano. Lucho se fue. De mutuo acuerdo dividieron los bienes en tres partes. La abuela no quiso participar y se quedó viviendo con Roque. El enfrentamiento que Irene anticipó, se había producido por su accionar y poco había faltado para terminar con uno de sus hijos muerto.

LII

Lucho tomó la pelea con su hermano con naturalidad. Habían sido aliados en el pasado y ahora se habían transformado en enemigos como parte de un proceso inevitable. Le había costado un gran trabajo cargar con energía el contenido del frasco. Varios rituales en el monte de la luz mala junto a las cenizas de su padre y guardar el frasco en su “mesa”, envuelto en la mantita que una india le había tejido expresamente, junto a los dos únicos objetos que tenía, dos piedras. Una le había pertenecido al Linyera y se la habían dado los chamanes cuando se quedó seco. La otra la había conseguido junto al océano, luego de examinar cientos de piedras al retirarse una ola la había levantado a pesar de su aspecto ordinario. En su cara oculta un infiltrado dibujaba la figura de un escarabajo. Sentía debilidad por esos insectos. En verano se detenía cada vez que encontraba alguno pataleando panza arriba para ponerlo a salvo. Decidió que si al secarse conservaba el dibujo, sería el segundo objeto de su “mesa”. La operatoria la dejó en manos de su madre, que para eso era insuperable. Salvar a la mamá de Víctor le había costado un hermano y tal vez fuera lo mejor. Si hubieran peleado por otra cosa, uno de los dos estaría muerto.

Al dividir los bienes, Roque quiso retener el monte de la luz mala y Lucho no se opuso, no porque no le interesara. Quería verle la jeta lo

menos posible a Roque y se había quedado con las ganas de meterle la faca en el culo. Seguía soltero, Lucho, aunque tenía mujeres en varios pueblos e hijos al por mayor. No creía en la familia, las filiaciones ni la herencia. Los indios lo habían influido. De cuando en cuando se cruzaba con su sobrino y se sonreían de lejos. No se hablaban.

Roque no necesitaba al resto de su familia para vivir, nunca había tenido razones para confiar en ninguno de ellos, tampoco en su padre, que no había sido capaz de estar. Ni siquiera en su hijo a pesar de su corta edad, ya que estaba seguro de que no le contaba cosas que había compartido con Lucho e Irene. Que su esposa se curara había sido bueno, para su hijo era extraordinario, pero algo había cambiado, el contacto de ella con algo del orden de lo sagrado la hacía intocable. No volvieron a tener relaciones.

Roque tuvo que internar a su abuela, que un día no reconoció más a ninguno de ellos y al nene trataba de pegarle con una escoba diciendo que era un bicho. No tuvo alternativa, tanto Irene como Lucho le dejaron toda la responsabilidad. La abuela ya no extendería las viejas sábanas de lino en el pasto las noches de luna llena para que el resplandor las blanqueara.

Pasaron algunos años, en los que también Roque tuvo una mujer y un par de hijos más en otro pueblo. Su esposa lo sabía sin necesidad de ninguna prueba. Mientras su hijo estuviera bien, no tenía problema.

Los siguientes años fueron tranquilos, hasta que en la adolescencia Víctor se quedó en blanco, ausente. No reaccionaba a ningún estímulo, en el hospital no le encontraban nada. Para Roque era evidente que el cuadro era el mismo que había visto a consecuencia de los grumos negros en el ex fiscal. Llamó a Irene y muy a su pesar, a Lucho. Ambos le aseguraron que era imposible, Víctor no podía saber de la existencia de los grumos negros, Lucho ni siquiera le había hablado en años. Roque insistió, había visto al ex fiscal reponerse con una segunda exposición y tenía metido en la cabeza que de alguna manera se

había encontrado con los malditos grumos. Lucho llevó unos pocos y el mismo Roque quemó uno en la hoja de la faca y se lo hizo aspirar a Víctor tal como lo habían hecho años atrás con el ex fiscal. Esperaron unos días pero no hubo mejoría.

LIII

Irene no podía ayudar, ni pensar podía ante su nieto ausente, con ese nombre que no podía pronunciar, con su hijo Roque dando vueltas desesperado. Volvió a la Capital para buscar la solución. Necesitaba alejarse para buscarla en el único lugar donde podía estar, en ella misma. La reexposición a los grumos negros no había tenido ningún efecto y eso los descartaba como origen —pensaba manejando— hubiera sido más grave y paradójicamente más fácil de solucionar. Miró el tablero, 160 Km. por hora, levantó el pie. No tenía a quien acudir, ni el grupo, ni Garrido ni el Linyera. La encandilaron las luces de otro auto. Contuvo su enojo y volvió a una idea que le estaba por llegar. Otra vez miró el tablero y tuvo que levantar el pie. La idea tomaba forma, lo que le pasaba a su nieto estaba vinculado con lo que su esposo había logrado al sintetizar la dosis curativa total y también con lo que Roque le había enseñado con la faca.

Cuando era chica, Garrido le había contado que en la India algunos maestros materializan pequeños objetos entre sus manos, en la boca o dentro de un recipiente, no para ocultar un truco sino porque son cosas que no se pueden ver sin desestructurar el propio sistema de interpretación. Esa era la idea, su nieto había visto. Un auto la quiso sobrepasar pero no le dio la velocidad y tampoco tenía tiempo para volver a su carril. Ella frenó para que cruzara. Te vas a matar sin mi ayuda, pensó. Le vino a la mente la imagen de Tomás Lucea y la ahuyentó de inmediato. La salida de la ruta era una curva en bajada. Entró muy rápido, tuvo que meter un rebaje y poner la

mente en blanco, apenas logró dominar el auto. Siguió despacio hacia su casa. Había una forma accesible para ella de ayudar a su nieto, le vendría la respuesta de un momento a otro y llamaría a Roque por teléfono. Manejaba por las calles desiertas cada vez más despacio, como para darse tiempo antes de llegar. Necesitaba destrabar su razonamiento para dejar de pensar en Víctor, su nieto, y rememoró sus primeros encuentros con Víctor, su marido. Desde su muerte no había pensado en él y ahora se sorprendía recordándolo con cariño. Sonrió por lo vívido del recuerdo. Su amigo, el jugador de polo, no se había equivocado, no había durado ni en la facultad ni en el grupo, pero con Víctor había hecho un gol de media cancha. Irene sabía que era imposible que un hombre no le diera bola y Víctor no era la excepción, aunque mantenía la cordial distancia del que está fuera de categoría. Y tenía razón, pensaba Irene, ella era demasiado para cualquiera. En fiestas en que ambos eran extraños lo acaparó para hacerlo hablar de sí mismo y cuando no tuvo más remedio habló de ella haciéndose la tonta. En sus idas y venidas entre el pueblo y la Capital, lo analizó con Garrido y decidieron que esperararían a que terminara la carrera y lo llevarían al pueblo con la excusa de un trabajo. A Irene se le ocurrió que lo tendría más controlado si fingía ser su novia, luego se dio cuenta de que los pretendientes de su clase social eran mucho más estúpidos de lo que jamás sería Víctor y decidió quedárselo para ella. Total, sabía que nunca se iba a enamorar. De los mandatos sociales el único que coincidía con sus deseos era el de ser madre y para eso Víctor le alcanzaba. Mataba dos pájaros de un tiro. Garrido no se opuso así que Irene lo siguió viendo e incluso lo avanzó, pero él se hacía el que no se daba cuenta. “Debe pensar que es imposible y tiene razón, quiere evitar el rechazo y tiene razón, debe creer que lo estoy histeriqueando y le sobran razones”, calculaba Irene. Una noche lo alcanzó hasta la pensión y se bajó del coche para despedirlo en la puerta. A Víctor lo incomodaban estas actitudes de Irene en que los papeles entre hombre y mujer se invertían, lo

solucionaba haciéndose el desentendido y ella se divertía. Sin más, ella le propuso que fueran novios.

—Cuando te recibas nos casamos y te venís al pueblo, allá hacen falta veterinarios —le había dicho.

Él no lo podía creer pero lo único que tenía era ese sueño. Irene lo libraba de los riesgos de tomar la iniciativa y además le solucionaba la vida. Le dijo que sí, como si aceptara una invitación a tomar un helado. Irene se quedaba con la sensación de que faltaba algo y dándose vuelta le había dicho:

—Tocame el culo, es la confirmación de que somos novios. — Luego de unos segundos había empezado a taconear.— Dale —le había dicho con una sonrisa a punto de desaparecer.

Él la acarició.

—Más fuerte —había ordenado ella.

Él la frotó con fuerza, le apretó cada nalga y le pasó la mano hacia delante entre las piernas.

—Bueno, listo —había dicho Irene— voy a volver cada 20 ó 30 días. —Antes de subir a su coche le había preguntado—: ¿Está todo bien?

—Perfecto —había dicho Víctor sin querer despertar de su sueño. Ahora despertaba ella de sus recuerdos con su risa.

Entró a su casa abstraída, vio un movimiento en la oscuridad y se dio cuenta de que alguien se había metido.

—Me estuviste buscando —dijeron desde las sombras. Reconoció la voz, sus ojos comenzaban a acostumbrarse, vio el arma y el fogonazo, no llegó a escuchar. Qué soberbia hija de puta, pensó el ex fiscal sin animarse a bajar el arma.

Los hermanos tuvieron que viajar a la Capital. No podían creer que su madre estuviera muerta. Esa mujer que parecía no envejecer y vivía como quería, que podía incomodar o hasta aterrar con su mirada, que electrizaba el ambiente con su presencia, ¿cómo podía estar muerta? La policía les explicó que la puerta estaba forzada y la señora habría

sorprendido al ladrón, que estaban sobre una pista y era posible que pronto lo arrestaran. Roque y Lucho sabían que no iban a encontrar a nadie, que no había ladrón. Hicieron los arreglos del entierro.

—Esto era entre ellos —dijo Roque.

—Eso no lo decidís vos —contestó Lucho.

Volvieron al pueblo como habían partido, cada uno por su lado. Al llegar a su casa Roque se encontró con que su hijo Víctor había despertado esa mañana completamente recuperado.

LIV

Mi viejo pensó que no recordaría estos últimos días, pero yo recordaba todo lo que pasó aquí y lo que pasó en donde fuera que hubiera estado. Nos sentamos a hablar largo, en serio, como hacíamos cuando me enseñaba a escuchar el filo. Le conté que había llegado a ver lo que mi abuelo veterinario había visto; que creía que aquello era la mayor parte del universo, la información que el cerebro bloquea para poder armar su interpretación; que no sabía si no podía ser dicho porque no lo abarcaban las palabras o porque no había quién le pusiera nombre; que quería estudiar física para utilizar esa información y sobre todo, que se creía perdido aquello que no podía perderse. Mi viejo dijo:

—Preferiría que te alejaras de estas cosas y vivieras una vida normal, pero por ahora estoy satisfecho con que estés bien.

—Quedé fascinado hasta que Irene interrumpió mi contemplación —dije.

Mi viejo dudó un rato, se mordió el labio y dijo suspirando:

—Irene está muerta.

Yo le puse la mano en el hombro y le dije algo que él ya sabía:

—Muerta es una forma de decir, solo una forma.

LV

En un pueblo del otro lado del país el ex fiscal salió de su casa. En una terraza a poco menos de cien metros estaba Lucho con una rama. El ex fiscal caminó por la vereda, Lucho le apuntó con la rama. “Pum”, hizo en voz baja. El ex fiscal se dobló y vomitó. Se limpiaba con el pañuelo y Lucho le apuntó con la rama. “Pum”, hizo en voz baja. El ex fiscal tuvo un recuerdo, una mujer joven amamantando dos críos. Abrió y cerró los ojos con fuerza, sacudió la cabeza, no era un recuerdo que le perteneciera. Lucho le apuntó con la rama. “Pum”, hizo en voz baja. El ex fiscal vio una nena en una hamaca, escuchó su risa, vio un nene juntando insectos, corrió hacia su casa y cerró la puerta tras de sí. Lucho apuntó con la rama hacia la puerta. “Pum”, hizo en voz baja. El ex fiscal se tomó la cara con las manos, cayó al piso y sintió un olor que sólo había sentido dos veces en su vida, y ya no estuvo.

LVI

Terminé la secundaria y comencé a estudiar física en la Facultad, pero largué a los pocos meses. Me pareció que si estudiaba con un propósito la vida se convertía en obligación. Me pareció que no tenía que cumplir, que no existía nadie con derecho a pedirme cuentas. Me pareció que el lugar que había atisbado en mis meditaciones era del que venía y que estaba aquí para hacer lo que quisiera, y no quise ser de los que quieren lo que no conocen. Mi viejo se alivió, me ofreció la faca pero no la necesitaba. Se alivió más mi viejo, enterró la faca junto a las cenizas de algunos de los muertos que lo habían querido.

Días después, de pasada me vio sentado en el bar con Lucho. Volvió sobre sus pasos y entró:
—Desde cuándo se ven ustedes.

—Desde que tenemos ganas —le contesté.

Lucho lo invitó a sentarse con una seña. Mi viejo pidió café y le preguntó a su hermano por el ex fiscal.

—Hice algo, pero no le hice nada.

Él suspiró y agregó señalándome con la cabeza.

—¿Te contó?

—Me contó.

—No quiso la faca.

—Es solo un artificio —dije— nada que corte hace falta para escuchar.

Fue la última vez que los tres estuvimos juntos.

Lucho me contó todo lo que sabía antes de irse lejos. Mi padre creía que yo no le quería contar de cuando encontré la dosis curativa total. Tardó en convencerse de que lo único que recordaba era la firmeza con la que apreté ese frasco y cómo lo penetré con la mirada. Creo que le aporté parte de su poder en ese momento. Era muy chico yo. Más adelante me contó lo que él sabía. De ello lo único que me impresionó fue algo que el padre de Ramiro le había contado antes de morir. Ramiro se escondía de la policía en el monte de la luz mala y en una de sus salidas para buscar comida lo hirieron de muerte. Logró volver al monte, donde sus padres lo encontraron entrada la noche. Ante el sufrimiento de Ramiro, su madre tomó la faca, le cortó la gran vena del cuello y esperaron abrazados los tres. El padre de Ramiro salvó al mío poco tiempo después ofrendando su cuerpo. De lo demás, solo vale la pena el recuerdo de la mirada de Irene, la abuela que jamás pronunció mi nombre. Creo que ni a sus hijos los miró con la ternura con la que una vez, durante un segundo, me miró a mí.

Mi viejo enfermó. No tiene tantos años pero el riñón prestado no da más. El pueblo no es el lugar donde yo crecí, mucho menos donde creció él. Vinimos en coche a las afueras para que pueda ver la puesta por última vez. Se adelantó un poco para estar solo. Nuestro sol inmensamente rojo debe ser un efecto visual de la llanura. Me contaron

que mi abuelo no podía presenciarlo y que mi padre se acostumbró de chico. A mí no me costó tanto, yo soy de aquí. El monte de la luz mala ya no existe, es un campo más en el que se alternan cultivos. Pocos recuerdan a personas como Garrido, Irene o Tomás Lucea. Los demás entraron fácil en el olvido, no tendrán que esperar que mueran los últimos viejos.

Mi viejo me enseñó a ver y escuchar más allá de lo obvio sin caer en trampas metafísicas ni manipulaciones sectarias. Debe haber notado mi impotencia para ayudarlo. “No se puede salvar a nadie”, me dijo. Se aleja cada vez más, supongo que se prepara para morir. Mi familia ya no es poderosa. A veces pienso en irme del pueblo pero no creo que el sol se ponga así en ningún otro lado, no se puede vivir de lejos. Mudo sol rojo que no palpita, lento vértigo de lo que no seré, quieta caída.